



## Adelina Gimeno Collado cap 1 y 2

Familia y Sistemas Familiares (Universidad de Flores)

Adelina Gimeno Collado

# La familia: el desafío de la diversidad

CAPÍTULO 1

## PREMISAS BÁSICAS PARA LA COMPRENSIÓN DEL SISTEMA FAMILIAR

### 1. Premisas básicas para poder comprender la familia

Ningún trabajo ni valoración, y mucho menos si se refiere al estudio del sistema familiar, en el que todos nos hemos visto implicados y comprometidos de una u otra manera, queda libre de juicios de valor, ni de la subjetividad de quien lo lleva a cabo. No obstante, los términos como juicio de valor o subjetividad no son sinónimos de arbitrariedad ni de simples efectos de los primeros impulsos, sino simplemente la consecuencia inevitable de las experiencias vividas y del compromiso emocional con los datos y con los hechos.

La honestidad profesional no estriba en comunicar unos datos libres de la implicación emocional del observador, sino más bien en ser conscientes de esta implicación y comunicarla abiertamente. Éste y no otro es el sentido de las premisas que a continuación expondremos, en las cuales definiremos nuestra postura respecto a la singularidad de las personas que constituyen el sistema familiar, respecto a su competencia global y respecto a las funciones fundamentales de la misma.

### 2. Desde mi ventana

Este libro pretende hacernos observadores conscientes y participantes activos en nuestra vida familiar, capaces de reflexionar sobre su significado y su impacto en nuestro desarrollo individual, y capaces de profundizar en su historia, en su legado, en sus creencias, en la comprensión de mitos y secretos transmitidos en cada generación.

Sin embargo, no pretendemos realizar un trabajo que invite a centrarse en el pasado. Analizaremos el pasado porque tiene un impacto en el momento actual, el «aquí y ahora» que necesitamos descubrir, analizar y vivir de manera consciente. Tomar conciencia, reflexionar sobre el pasado,

*Editorial Ariel, S.A.*

This document is available free of charge on

 **studocu**

Descargado por Letras Psi (letraspsicologia@gmail.com)

nos facilita vivir con más plenitud el presente y con más autonomía el futuro inmediato, y nos da una mayor libertad para crear y recrear nuestra propia realidad.

Son muchas las familias que viven atrapadas en un sistema familiar que las controla y las dirige, y hasta las llena de insatisfacción, muchas las que se lamentan de sus relaciones familiares, de su presente y de su pasado, muchas las que a pesar de los problemas lo esperan todo de ella, aunque vivan una familia que rechazan o pretendan vivir un ideal de familia más inventado que real, pero que en cualquier caso quedan esclerotizadas por sus efectos, estancadas en su progreso, incapaces de afrontar su realidad o de esforzarse un ápice por cambiarla, aunque en ese cambio pudieran encontrar la solución o recuperar la esperanza.

Una primera tarea como miembros de la familia estriba en enriquecer nuestras propias perspectivas a través de la comunicación con los demás, para comprender la perspectiva de los otros y así diferenciar cuáles han sido los sucesos más importantes de la historia familiar y la distinta influencia que han tenido en cada uno de sus miembros.

También pretendemos que nuestras reflexiones sobre el análisis de nuestra realidad familiar no sean sólo espontáneas o incidentales, sino que surjan a la luz de unas pautas que provienen de distintas teorías psicológicas, porque éstas nos llevan a descubrir dimensiones y funciones que escapan al observador espontáneo, y nos pueden ayudar a ir más allá de la mera descripción externa de lo cotidiano. A veces nos pasan las horas dando vueltas y vueltas a un problema, a una ilusión, pero nos faltan puntos de referencia que den una mayor amplitud de miras a nuestro pensamiento.

No es éste un libro de terapia familiar, pero sí pretende ser un apoyo para disipar los elementos disfuncionales inmersos en toda historia de vida familiar. Más bien está pensado para optimizar la vida familiar, cuando por optimizar se entiende ser más conscientes de la propia realidad, construirla con los otros y participar de la creencia de que es posible armonizar el bienestar individual con el bienestar de los demás, sobre todo de los que están más cerca.

Pretender dar más calidad a la vida familiar no significa tener que mantener la familia a ultranza, preservar su «unidad a cualquier precio», sacrificar el desarrollo individual en aras del colectivo, ni mantener «como siempre» una estructura familiar que no funciona. La solución tan sólo puede surgir de la negociación desde las perspectivas individuales, de las relaciones recíprocas y de los proyectos individuales que se armonizan en un contexto próximo, el familiar, que a pesar de sus avatares va a seguir enlazando a sus componentes por el afecto mutuo y por el aliciente de la consecución de sus esperanzas.

Cuando cerca del año 2000 los ciudadanos occidentales todavía seguimos considerando que la familia es la principal fuente de satisfacción personal, nos parece escaso el tiempo que se invierte en reflexionar sobre ella y en desarrollar una acción consecuente.

Dado que la intimidad y la privacidad son reglas de la vida familiar que hay que respetar, sucede que muchos secretos familiares se convierten en fantasmas amenazantes porque la familia cree que sólo ella vive estas experiencias difíciles, problemáticas o prohibidas. En estos casos, acercarnos a experiencias similares y a otros modos de afrontar conflictos comunes, ayuda a normalizar situaciones que inicialmente podían considerarse como amenazas directas a nuestra vida familiar, ayuda a distanciarnos emocionalmente de los conflictos y a encontrar estrategias más eficaces para su solución.

Acercarnos a la experiencia de los demás, aunque sea a través del texto escrito, y poder compartir experiencias similares, hablar con otros de las tareas y sucesos familiares, ayuda a conocer y a conocernos, sobre todo en una sociedad como la nuestra, en donde, de la misma forma que en las sociedades primitivas, siguen manteniéndose los mitos, aunque en la actualidad dichos mitos adopten la forma de preocupación por mantener la propia imagen. Los mitos familiares contruidos a costa de la realidad no facilitan en absoluto la funcionalidad del sistema familiar, ni el desarrollo individual de sus miembros.

Nuestra pretensión es aportar nuestras propias reflexiones nacidas de nuestra práctica usual en el trato con estructuras familiares muy diversas, para poder ofrecer nuestras claves de interpretación con el fin de que, tanto profesionales como los mismos implicados en el desarrollo de la familia a que pertenecen, puedan contribuir con eficacia en el desarrollo de la familia, y en el de cada una de las personas que la constituyen.

### 3. Desde cada ventana

Recuerdo la frase de Aitana, una niña de cinco años, que contaba a sus hermanos: «¿Sabéis una cosa? En casa de María quien grita es la madre, y quien sufre es el padre.» Aitana descubría sorprendida a otras familias más allá del dintel de su ventana y comprobaba maravillada que existen familias distintas a la suya. Su realidad familiar como la nuestra oscila entre lo común y lo diferente.

Cada uno de nosotros ha nacido en el seno de una familia, que sin duda tiene muchas características en común con las familias del entorno, pero que tiene también su propia idiosincrasia, su estilo peculiar de ver la vida y de relacionarse dentro y fuera de casa. El estilo familiar particular es la ventana a través del cual aprendemos a vernos entre nosotros y a ver a los demás.

Nuestra familia no es la única ventana, no es el único mundo posible, no es el mejor ni el peor, si es que podemos hablar en estos términos, aunque sí es el más cercano, el más íntimo, el que más nos vincula afectivamente, el que más influye en la configuración de nuestra identidad y en nuestro desarrollo personal, el de mayor influencia en el sentido y signifi-

cado que damos a nuestra propia vida. Pero también es una ventana susceptible de apertura, un mundo que puede ampliarse.

A pesar de la intensa influencia de la familia de origen, las pautas recibidas en ella no llegan a troquelarnos definitivamente como lo hacen las primeras experiencias en los experimentos de Lorenz con otras especies; en la especie humana el desarrollo temprano no influye en nuestra vida de modo irreversible, aunque a menudo sus efectos son difíciles de modificar.

En los estudios del prestigioso etólogo, las primeras experiencias de los patitos determinan su conducta. Si al salir a la luz de su caparazón ven a su madre, la seguirán por todas partes en una fila disciplinada hasta que sean adultos, nunca perderán ese referente, sin tener posibilidad de cambio; si ven un muñeco de felpa o metálico, ése será su objeto de referencia. El desarrollo humano es más flexible, menos dependiente del desarrollo biológico y de las experiencias tempranas, lo que hace posible el cambio a lo largo de todo el ciclo vital, y no sólo a lo largo de la infancia como han sostenido los modelos organísmicos.

A través del tiempo, por medio de nuestra experiencia, la reflexión y la observación, aprendemos que hay otros estilos de vida y aprendemos a ver nuestra vida familiar entre la diversidad y a comprender que podemos jugar un papel más activo en su configuración.

Llegar a conocer la realidad social desde una ventana distinta a la familiar tan sólo nos es posible cuando somos capaces de traspasar los restringidos límites de nuestro entorno social próximo (casa, pueblo, barrio, nivel cultural o social similar, etc.) y comparamos los usos y costumbres de familias de distinto nivel social, de zona urbana y rural, de Oriente y de Occidente, etc. Cuando comparamos la influencia que sobre la estructura familiar han ejercido las diferentes culturas, ideologías, economías, etnias, religiones y modelos de organización social, podemos hacer un nuevo análisis y valoración de nuestro sistema familiar y estamos en mejor predisposición de diferenciar lo superficial de lo relevante. Sobre todo estamos en mejor predisposición porque ya no consideramos lo propio como lo único. Sabemos de otros mundos familiares que existen y estamos incluso abiertos a pensar en otros mundos posibles.

Conocer, observar y entrar en contacto con otros estilos de vida familiar enriquece nuestra propia perspectiva. También contribuye a reconsiderar el concepto que tenemos de familia, las expectativas que construimos respecto a ella, el valor que le atribuimos y la discriminación respecto a lo que son patrones funcionales y disfuncionales de la vida familiar. Un mayor conocimiento contribuye a que tengamos la información que nos permita tomar decisiones con más posibilidades de mejorar nuestro sistema.

Aun cuando la aproximación a otros modelos familiares abre nuevas posibilidades de desarrollo personal y familiar, la mera observación no nos permite por sí sola analizar con profundidad nuestra propia realidad, ni clarificar su influencia en nosotros. Es necesario un análisis más crítico, una reflexión más consciente y un distanciamiento emocional, que si se

pretende que se desarrolle de manera espontánea puede tardar largos años en lograrse, dado el freno que pone al progreso el sistema familiar dominante.

Las relaciones familiares conllevan también muchos elementos inconscientes y automatizados, que nos empujan a caminar en la misma línea marcada por la familia de origen. Su influencia suele ser mayor de lo que a primera vista podemos imaginar, pues las experiencias familiares están cargadas de afecto y los vínculos emocionales —sobre todo los que se fraguan desde la infancia y desde la intimidad— poseen una fuerza que va más allá de los análisis lógicos y racionales, más allá de lo biológico y, muchas veces también, más allá de lo funcional, y nos llevan a configurar, ya de adultos, una familia necesariamente análoga a aquella en la que hemos vivido y en la que nos hemos desarrollado desde pequeños. Otras veces la familia de procreación es distinta, pero el adulto arrastra nostalgias, rencores, culpas y tareas incompletas de las que no logra sobreponerse.

La familia se constituye, por lo tanto, en la ventana a través de la cual se nos permite ver la realidad que nos rodea, pudiendo interpretar su significado y construir la realidad social en la que nos vemos necesariamente inmersos. Ampliar esta perspectiva y encontrar otros puntos de mira constituye una vía de enriquecimiento de la propia vida familiar a la que no queremos renunciar.

#### 4. La familia como oportunidad

En un intento transcultural de explicar el origen de la familia, y como corolario deducido del instinto de conservación de la especie, podríamos establecer que las diferentes estructuras familiares surgen para proteger una diada básica: la diada madre/hijo.

En torno a esta diada, cada cultura ha procurado generar grupos basados en relaciones de parentesco, con límites, estructura y funciones muy variados, pero que surgen todos con el propósito instintivo de proteger al recién nacido y preservar su vida y por ende la de la especie. Esta protección no tiene tan sólo un sentido biológico, sino también psicosocial, pues surge con el fin de poder transmitir al nuevo ser todo tipo de conocimientos adquiridos por la especie y que constituyen la propia cultura.

Como es sabido, el valor diferencial de la especie humana radica en el salto cualitativo que para la evolución de la especie supone el legado cultural. De esta forma, el progreso del ser humano radica en la transmisión a las nuevas generaciones del bagaje de conocimientos adquiridos por las generaciones anteriores. Esta transmisión se da principalmente a través de la familia, en donde es más espontánea, y a través de la escuela, o de otras instituciones comunitarias, como los medios de comunicación audiovisual o la prensa escrita, que actualmente constituyen el medio más potente y por tanto homogeneizador de difusión cultural.

Los modelos familiares se han ido configurando, prácticamente en todas las culturas, como una estructura crucial en la transmisión de la sabiduría de un pueblo. El harén musulmán, la extensa familia hindú, la familia nuclear europea, o la familia patriarcal gitana, son todos ellos modelos familiares sustancialmente diferentes, pero perfectamente comprensibles a la luz de la cultura en que se han gestado. En cambio, todos ellos comparten una función: la protección biológica de sus descendientes y la transmisión de los modelos y normas que faciliten su integración en la comunidad.

Cada tribu, cada pueblo, cada cultura, configuran su modelo familiar propio al mismo tiempo que establecen los límites entre lo deseable y lo prohibido, entre lo normativo y lo desviado. Cada familia concreta, al descubrir otras realidades familiares distintas, puede enriquecer y flexibilizar su concepción de la familia. No obstante, en la práctica el cambio sucede sólo de manera lenta y muy limitada, pues tan sólo se pueden introducir cambios dentro de los límites de lo que cada estructura familiar considera como aceptable o deseable, de forma que pueda ir asimilando, poco a poco, parte de aquello que se sale de los límites de la normalidad establecida en cada cultura. Ir más allá de dichos límites está legal o socialmente prohibido y por lo tanto será rechazado o hasta castigado en base a ese modelo de cultura familiar.

De esta forma, el patrón cultural familiar que predomina se convierte en el modelo verdadero y puede convertirse en dogma que impide la aparición de otras opciones que también podrían ejercer funciones importantes, dar sentido a la propia realidad y favorecer el desarrollo personal.

Los modelos divergentes se aceptan con dificultad, cuando no se rechazan explícitamente, y aparecen los argumentos en contra de un patrón cultural al que acusan de antinatural, de disfuncional o de patológico, por el simple hecho de situarse más allá de los límites establecidos. Para los países europeos, un matrimonio convenido por los padres o una estructura familiar polígama, son incomprensibles, como también es incomprensible la venganza por infidelidad o la existencia de tríos en vez de parejas en las relaciones sexuales estables.

También han formado o forman parte de lo prohibido otras situaciones familiares y así surge la idea, acriticamente inapelable, de que una madre soltera no puede educar bien a su hijo, que siempre le faltará una figura paterna que complete su educación, sin establecer la más mínima comparación con el tipo de educación que son capaces de dar algunas parejas a sus hijos... O que el divorcio no trae nada bueno, que no puede existir otra opción que no sea un «amor verdadero»... Que las parejas homosexuales no tienen derecho a la adopción, porque no son capaces de educar... y se rechaza a la ligera que en casa puedan convivir algunos familiares porque rompen el cerrado círculo de la familia nuclear, y mucho menos ancianos, adultos o niños con quienes no tenemos vínculos de sangre.

Modelos y pautas de comportamiento familiar que en unas culturas llegan a desarrollarse con normalidad funcional, y que son completamente

aceptados, en otras resultan completamente inadmisibles, y se alza contra los mismos una acrítica intolerancia, como si estuviesen tambaleando los mismos cimientos de la civilización.

Sucede, sin embargo, cada vez con mayor frecuencia y en todas las culturas, que no todas las personas pueden o quieren ajustarse al patrón establecido. Hay parejas que no aceptan un matrimonio decidido por sus padres, mujeres que no quieren renunciar a la maternidad aunque sigan solteras, parejas que no pueden tener hijos, y personas que no son capaces de mantener los compromisos de pareja que asumieron de jóvenes. Y, sin embargo, la diversidad no tiene cabida en una sociedad que establece un ideal familiar exclusivamente basado en la pareja heterosexual, con dos hijos, y que permanece estable y fiel hasta que la muerte los separe.

Para aquellos para quienes los límites o el funcionamiento familiar establecidos resultan insatisfactorios, la familia puede convertirse en un infierno, y sus miembros en víctimas pasivas del sistema, a no ser que sean lo suficientemente críticos como para analizar su propia realidad, y lo suficientemente creativos y persistentes como para construir una familia con significado y estilo propios.

Crear y recrear la familia es una empresa en la que los principales agentes deben ser sus propios miembros, los cuales deben implicarse en una búsqueda coparticipativa en la que cada realidad concreta pueda encontrar sus propias estructuras, modelos y funciones, adecuados a sus necesidades y recursos, sin que ello tenga que suscitar la intolerancia de otras familias, ni mucho menos la amenaza por parte del sistema global.

Ante la diversidad de cada cultura y ante la diversidad entre culturas, nuestra escala de valores reclama cada vez con más fuerza la necesidad de desarrollar el valor de la tolerancia y en muchas situaciones más todavía, nos pide desarrollar el valor del respeto a la diversidad, y hasta el valor de admirar y aprender de lo ajeno.

Pero no todo lo diferente es digno de respeto, porque no todos los modelos familiares respetan de igual modo la dignidad de cada persona; dentro del respeto a la diversidad, la psicología familiar no puede ni debe ser indiferente a una escala de valores que vuelva la espalda a los derechos humanos. En este proceso, la psicología puede ayudarlos a comprender y a mejorar las dimensiones de la vida familiar que dan mejores respuestas y puede también ayudarnos a construir modelos y estilos familiares todavía no construidos que nos aproximen más a la utopía.

Como indica J. Bruner en un notable trabajo, *La educación, puerta de la cultura*: «El descubrimiento de la pobreza y el movimiento de los derechos civiles en América nos despertaron a la mayoría de nosotros de la irreflexiva complacencia de reformar la educación; específicamente el impacto de la pobreza, el racismo y la alienación sobre la vida mental, y el crecimiento de los niños que eran víctimas de esos infortunios. Una teoría de la educación que sirviera para todos no podía dar por supuesto el apoyo y la asistencia de una cultura benigna e incluso neutral» (1997, p. 14).

### 5. Cambio, incertidumbre e inseguridad

La diversidad de estructuras y modelos familiares es evidente, tanto desde una perspectiva transcultural, como por el simple análisis de los modelos predominantes en nuestro contexto. Basta comprobar cómo en tan sólo las dos o tres décadas últimas, nuestras estructuras familiares han sufrido cambios sustanciales, algunos de los cuales han sido asumidos con normalidad por la propia sociedad, mientras que otros han experimentado el rechazo activo, nacido de la intolerancia de los coetáneos con mayor conservadurismo.

Centrado nuestro análisis en la población europea, cabe recordar las observaciones de Roussel (1992), quien nos demuestra cómo muchos de estos cambios en el sistema familiar se han extendido desde el norte hacia el centro de Europa, y con posterioridad hacia el sur, siguiendo prácticamente la misma pauta de expansión del progreso científico, tecnológico y económico.

La industrialización ha llevado a los trabajadores a tener que abandonar su lugar de origen y a fijar su residencia con mayor proximidad a sus nuevos lugares de trabajo, lo que se ha traducido en un incremento de la importancia de la familia nuclear, en menoscabo de la antigua familia patriarcal, basada más en tareas agrícolas que industriales. Por ello mismo, desde el punto de vista económico la familia ha pasado de ser unidad de producción para convertirse principalmente en una unidad de consumo y posteriormente en una unidad de apoyo al desempleo.

La democratización de la sociedad, la progresiva e imparable incorporación de la mujer al mundo del trabajo, la toma de conciencia sobre derechos humanos basados en la igualdad fundamental de las personas, con los respectivos logros reflejados en los correspondientes cambios legales, han afectado a la misma estructura y roles familiares. Todo lo cual ha traído como consecuencia en nuestro contexto europeo una reducción del número de hijos por familia, así como el retraso en la edad de contraer matrimonio y constituir la propia pareja independiente, lo cual conlleva el correspondiente retraso de la edad de la maternidad.

Se ha producido, igualmente, un cambio en la valoración de la sexualidad, al mismo tiempo que una importante reducción de la influencia de la normativa religiosa que constituía el núcleo fundamental de las pautas morales dominantes, y todo ello ha favorecido la independencia de las iglesias, llegando a ver con mayor normalidad la existencia de madres solteras, la legalización del divorcio y el gran incremento de familias mixtas, o reconstituidas. Las reivindicaciones legales de las parejas de hecho, incluida la legalización de la adopción por parte de parejas homosexuales, son situaciones actuales sobre las que existe una alta divergencia de opinión y una nueva punta de lanza en favor de la diversidad de modelos familiares.

Los patrones sociales sobre la familia incluyen no sólo su estructura, sino también la redefinición y distribución de sus roles fundamentales,

This document is available free of charge on

dado que quedaba perfectamente definido desde la edad en que se debía contraer matrimonio, hasta la misma estatura de los cónyuges (queda peor si ella es más alta, queda peor si él es menos culto, queda peor si él está en el paro). En consecuencia, ante tantas restricciones, son muchas las familias que no se adecuan al «patrón tipo», y se generan conflictos y crisis que no encuentran solución dentro de las variantes autorizadas. De esta forma, muchas veces son más los esfuerzos empleados en mantener una imagen que no responde a la realidad, que en asumir y afrontar las dificultades y buscar soluciones nuevas que hagan la vida familiar más gratificante.

Sin embargo, tan pronto como la familia centra sus esfuerzos en adaptarse al modelo dominante, se convierte en una amenaza para su propio desarrollo. Es necesario que la sociedad, los amigos y los vecinos, la misma familia, incrementen el nivel de tolerancia hacia las decisiones que cada familia asume para superar sus crisis o para adaptarse a las demandas de sus miembros.

¿Qué otra solución cabe sino el respeto y el apoyo hacia roles, pautas o estructuras nuevas? Cada vez son más los padres en paro que pasan a encargarse de tareas domésticas, esposas de mayor edad y titulación que sus consortes, matrimonios que viven en domicilios separados, relaciones extramatrimoniales aceptadas, relaciones de amistad con la segunda esposa del primer marido, relaciones de apoyo entre parejas ya divorciadas, pérdida de rituales vacíos, compromiso con nuevos valores, madres solteras, familias mixtas, homosexuales con hijos propios o adoptados... Se trata de meros referentes, pero detrás de ellos se ve como necesario un cambio de actitud por parte de nuestra sociedad, una ruptura real con una amplia serie de prejuicios, una apertura de mentes que redunde de manera directa en apoyo de las nuevas pautas y estructuras familiares.

Como en cualquier ámbito de la vida, en las diferentes cuestiones que se plantea una familia en evolución, la persona tiende a buscar la verdad, la certeza que la libere de la incertidumbre, del malestar y la angustia, que generan las nuevas vivencias. Lo triste es que en defensa de este deseo de certeza aparecen con facilidad los supuestos «poseedores de la verdad», que en nombre de la tradición, de la ideología, de la ciencia, o de un autoatribuido designio divino, son capaces de definir un modelo familiar y deciden lo que sobre la familia se debe pensar, sentir o hacer, en el proceso que va siempre asociado con la condena de otros modos de pensar, sentir o hacer.

Pero la familia no es una realidad sencilla. La familia es un sistema complejo en evolución constante y de larga duración, y en consecuencia el impacto que la vida familiar tiene en sus miembros es también complejo y duradero. Sin embargo, la complejidad de este sistema, en el que todos somos al tiempo agentes y pacientes, no puede llevarnos a hablar de un sistema caótico e impredecible, ni a la creencia de que tan sólo es posible y funcional el modelo familiar estándar.

No se trata de defender a ultranza la pluralidad de lo irreconciliable, o mejor, como afirma Savater (1997), «cultivemos la floresta, disfrutemos de

sus fragancias y de sus múltiples sabores, pero no olvidemos la semejanza fundamental que une por la raíz el sentido común de tanta pluralidad de formas y matices. Nuestra humanidad común es necesaria para caracterizar lo verdaderamente único, e irrepetible de nuestra condición, mientras que nuestra diversidad cultural es accidental» (pp. 160-61).

No todos los estilos de vida familiar ni todos los modos de interacción son igualmente funcionales; hace falta sentido crítico con las propias decisiones, y tolerancia con la ajenas, y no al contrario. Por eso, hoy por hoy resulta más generalizado sentirse ahogado por la rigidez de un sistema impuesto por la tribu, por la religión, o por la comunidad, ante lo cual lo más fácil es dejarse llevar por el modelo predominante o tratar sin más de huir de la norma sin pararse a construir con criterio propio.

En el camino por salir de la ansiedad que genera la incertidumbre, son muchos los que aventuran soluciones nuevas, contrastan supuestos, observan, piensan y debaten... Se pretende definir la naturaleza de la familia, sus necesidades, y cómo compaginar los deseos personales y colectivos. Y de esta forma cada cultura construye sus modelos de familia, y se acaba por regular minuciosamente todo el proceso de vida familiar.

Los más flexibles orientan sus reflexiones sobre lo que podría ser conveniente o posible en este proceso de cambio, pero nunca faltan iluminados que prescriben como definitivo tanto lo que es válido como lo que es superfluo, lo que es correcto como lo incorrecto dentro de la vida familiar. La norma ahoga las voluntades individuales, ahorra el esfuerzo de pensar y debatir, oculta el beneficio de la duda, aunque a cambio ofrezca la seguridad que da la certeza, aunque carezca de fundamento. Y lo malo es que a fuerza de escuchar la norma perdemos la costumbre de observar nuestra propia realidad, y acabamos por dejar de escucharnos a nosotros mismos. La seguridad resulta un precio excesivamente alto cuando se consigue a costa de la propia reflexión y el abandono de nuestra responsabilidad en la toma de las decisiones que más nos atañen.

Cuando la creencia no se convierte en certeza, ni en verdad absoluta, la incertidumbre se convierte en búsqueda y el descubrimiento en una opción de vida familiar. Pero cuando la creencia se establece como verdad absoluta, como dogma, se construye un mito cuyo precio es la ceguera de nuestro pensamiento y la intolerancia respecto al criterio de los demás. Para ser tolerante hay que estar abierto a la duda y a la búsqueda, y hay que ser capaz de resistir la angustia de la incertidumbre.

En suma, el deseo de encontrar la seguridad nos lleva a dos vías opuestas: por una parte, hay quienes se refugian en el dogma, en el mito de la norma familiar incuestionable, y por otra hay quienes optan por la vía de la reflexión, del diálogo honesto, y de la propia búsqueda que convive con la duda, pero que sobre todo convive con la tolerancia, aunque nos haga vivir con menos certeza.

En nuestra opinión, tiene más sentido apoyarnos en la propia reflexión y en el diálogo acerca de la realidad familiar, en aceptar la distancia que

nos separa de esa familia normativa, y en aceptar el desafío de ser diferentes y de conseguir recrear continuamente nuestra propia realidad familiar.

## 6. Algo ha muerto en la familia

Quienes hace más de dos décadas, siguiendo principalmente a Cooper (1975), se atrevieron a profetizar la muerte de la familia, poseen ya motivos más que suficientes, ante la evidencia histórica, para empezar a rectificar su pronóstico. La familia sigue existiendo, y sigue prestando un servicio insustituible al desarrollo y apoyo personal. Más que un obstáculo para el desarrollo individual, la familia sigue siendo una realidad y un proyecto en el que se continúa creyendo, en el que se invierten la mayor parte de las energías personales, y del que se espera que sea la fuente principal de nuestra satisfacción individual.

La familia tampoco es sin más un freno para el progreso social, sino que con valores distintos al ideal de familia victoriana que tanto se extendió en Europa occidental, el desarrollo comunitario pasa por una política social capaz de armonizar los derechos del ciudadano con los derechos de la familia (García-Roca, 1994).

Sería injusto, sin embargo, afirmar que aquellos profetas fracasaron, pues los modelos familiares actuales, dada su flexibilidad y diversidad manifiesta, han mostrado ser sustancialmente diferentes de aquel otro modelo estático, patriarcal y capaz de sacrificar la singularidad individual en aras del mantenimiento de una estructura heredada, y que era contra el que dirigían las críticas sus detractores.

Pero lo sorprendente a lo largo de esta era postindustrial, o si se prefiere posrenacentista, por seguir la terminología de De Bono (1995), es que aquellos que pretenden alejarse más de la familia convencional siguen intentando construir nuevos sistemas intergeneracionales que mantienen una perfecta semejanza con la vieja institución familiar. Las familias monoparentales se siguen comparando con el referente de familia nuclear completa, las parejas sin hijos luchan con todos sus recursos por una adopción nacional o internacional, las parejas homosexuales asumen en muchos casos los más clásicos roles asociados al género... Algunos estudiosos de la familia hablan incluso de familismo, etiquetando así el deseo que manifiestan muchas unidades atípicas de convivencia de ser consideradas oficialmente como familias.

En el fondo, todo ello son como sueños renovados de una unidad familiar inicial, que sigue dispuesta a permanecer como un entorno cálido y protector, facilitador del desarrollo personal y protector de sus componentes, como cobijo dentro de una sociedad excesivamente basada en la productividad y en el poder económico, y demasiado competitiva y desafiante. Más allá de ser una simple unidad de producción o de consumo, la familia

sigue siendo el primer y a menudo único apoyo de las personas que en ella se encuadran y el sueño de quienes no la tuvieron.

La familia no sólo no ha muerto, sino que se mantiene como el principal espacio de protección de la integridad personal de sus componentes. En un contexto social especialmente favorecedor del anonimato, la familia se mantiene como el espacio clave para la configuración de la propia identidad. La familia es el espacio donde se fraguan los primeros y definitivos proyectos de vida, donde se transmite un conocimiento que, más que información o ciencia, es sabiduría, porque en ella se transvasa un conocimiento que atañe a las cuestiones fundamentales de la vida humana, que entrelaza lo cognitivo con lo emocional y que es producto genuino de la experiencia vivida por los mayores.

La familia, en época de cambios y crisis, de devaluación de la sociedad del bienestar, de problemas económicos, de crisis de valores y de ideologías... se mantiene como un espacio de apoyo al débil, al enfermo, al convaliente. Es un espacio de protección de la intimidad, de solidaridad, de gratuidad, de olvido de sí mismo por los otros; de diálogo y reflexión conjunta sobre los propios proyectos o problemas individuales o del grupo familiar.

Es probable que, en nuestro contexto social, el modelo familiar capaz de anular la iniciativa individual en aras del grupo familiar haya muerto, como también se van desvaneciendo poco a poco los modelos exacerbadamente autoritarios y sexistas. Quizá, lo que va muriendo paso a paso es la prepotencia del fuerte, y la rigidez de conducta y de pensamiento que ha venido manteniendo estructuras y normas machistas. Pero en su lugar empieza a surgir un modelo familiar, o mejor, muchos modelos familiares, cuyos valores se impregnan de un modelo social más igualitario y personalizado, más democrático, y más abierto al futuro que al pasado.

A pesar de todo, no podemos caer en posturas ingenuas, en donde el ideal sea enmascarar los problemas familiares reales y cotidianos. Cuando la familia fracasa en el desempeño de sus tareas fundamentales el daño causado es también el más intenso y duradero.

Las familias actuales tienen además muchos desafíos que asumir, muchos problemas y crisis que resolver. Además de seguir arrastrando los viejos problemas familiares, el cambio social invade el sistema familiar y plantea situaciones para las que no existen modelos previos: la igualdad de la mujer, su incorporación al mundo laboral, la desmembración de la familia extensa, el deficiente mercado laboral, la soledad de las grandes ciudades, el individualismo... Todas ellas son grandes cuestiones que buscan respuesta de carácter social general, pero en la que no se prescinde ni se podrá prescindir de la aportación de la familia. Sí, hay algo que ha muerto en la familia, aunque también han aparecido otras tareas nuevas y otras muchas que esperamos ver nacer y renacer.

## 7. Mito, sueño y realidad familiar

Toda familia en cuanto sistema construye su propio mito familiar, hecho que parte de patrones sociales que auguran una familia feliz, pero donde se mezclan al mismo tiempo las herencias propias de cada familia de origen, y un sinnúmero de deseos no cumplidos. Toda familia construye su propio sueño, surgido de los deseos compartidos, de las necesidades humanas más básicas y de las más particulares y personales.

Aunque mito y sueño se entremezclan, la diferencia entre ambos constructos estriba en que el primero, el mito, es básicamente fruto de una herencia, individual o colectiva, de la que la persona es poco consciente, y en cuya elaboración no ha contribuido directamente, aunque lo asuma como ideal al que su familia debe ajustarse. El mito se convierte entonces en meta y criterio de evaluación de la vida familiar actual, y todos los esfuerzos de la familia van a orientarse a su consecución y a ocultar aquellas experiencias o sentimientos que son prueba de que la realidad está lejos del mito creado. El mito puede funcionar porque permite que la familia ofrezca de cara al exterior una imagen socialmente aceptable, al tiempo que interiormente mantiene la seguridad de estar en el camino correcto.

El problema de los mitos vividos empieza cuando el modelo planteado como ideal no es enteramente satisfactorio, y cuando los esfuerzos por mantenerlo, bien sea ante los miembros de la familia, bien sea externamente, son excesivos, porque el modelo se aleja ya demasiado de la auténtica realidad.

Si el mito familiar se basa en un padre que trabaja y en una madre dedicada a sus labores, porque el patrón social exige que el marido gane lo suficiente, la vida familiar se resquebraja cuando se declara la incapacidad laboral del progenitor. Desde ese momento la familia es capaz de ocultar, tanto el paro en que ha caído el padre, como la incorporación laboral de la madre, a costa de argumentos y conductas que más que teatrales pueden llegar a ser espérficos: «Trabajo para conseguir algún capricho», puede decir la madre, mientras el padre hace todos los días la ruta hacia el trabajo para que en el barrio no se enteren del despido. Y todo porque la nueva realidad, tan lejana ya del mito, inunda a los componentes familiares de sentimientos de vergüenza, de culpa y de fracaso. He escuchado a familias con mitos semejantes a éste, y puedo asegurar que el dolor sufrido por mantener el mito suele ser mucho mayor que las molestias exigidas por la nueva situación real, sea ésta laboral, económica o afectiva.

En cambio, el sueño familiar es una prueba más del carácter propositivo del ser humano, de su capacidad de hacer proyectos y del anhelo de acercarse a la felicidad. El sueño, aunque cargado de utopías que rebasan los límites de lo racional, no entra en el terreno de lo absurdo, está plagado de reflexión y de conciencia, se nutre de experiencias reales propias o vicarias, pero que son reelaboradas por la propia familia que las hace com-



El sueño no tiene por qué estar enfrentado al patrón social, sino que lo adapta, lo flexibiliza y lo ajusta a los sueños individuales de los componentes familiares. A diferencia del mito, el sueño está vivo, y por ende abierto a la realidad, a los desajustes de la vida cotidiana, a los datos previstos e imprevistos, a las razones lógicas y a las emocionales, y es capaz de re-orientarse, con más o menos nostalgia, y ajustarse a la realidad, en vez de negarla en aras de un mito tan cerrado como utópico.

Aunque, como afirma Alfred Korszyski (1933), «el mapa no es el territorio», quizás no haga falta llegar a mantener, como exigen los más radicales constructivistas, que «el territorio no existe». Por nuestra parte, consideramos que el ajuste entre mapa y territorio familiar es una tarea familiar necesaria, y que hay mapas más adecuados que otros y que conseguir dicho ajuste resulta gratificante para una vida en familia.

Este ajuste debe llevarse a cabo con apoyo de nuestros sentidos, incrementando nuestra capacidad de observación, acotando los sesgos de percepción, pero también mediante la reflexión, siendo conscientes de las diferencias entre los datos y el significado que les atribuimos, de que nuestras propias necesidades y capacidades no tienen por qué coincidir con las de los demás, y siendo más conscientes de nuestras necesidades y de nuestros sueños, de las necesidades y de los sueños de los demás, y de las vías posibles para alcanzarlos.

En un grupo como el familiar, que se prolonga mucho en el tiempo y que está además estrechamente ligado al pasado, por vínculos afectivos, por costumbres, por roles, por valores, por normas, por recursos, por problemas sin resolver, por estrategias más o menos fallidas para resolverlos, etc., la toma de conciencia sobre ese legado resulta crucial para disipar el mito, para aceptar la realidad e intentar construir un sueño.

Aunque mito, sueño y realidad tengan entre sí límites difuminados, no son constructos idénticos, o al menos tienen límites más claros en las familias funcionales. Los miembros de la familia, en cuanto espectadores o agentes de la vida familiar, tienen información privilegiada para construir su mapa, pero en el proceso pueden estar utilizando instrumentos poco adecuados. Las distorsiones cognitivas, bloqueos emocionales, mecanismos de defensa, etc., pueden hacer que el mapa resultante no sea un apoyo para el proceso de cambio y desarrollo de la vida familiar, sino una fuente de error que deje a la familia perdida y aislada en su propia historia.

La psicología familiar no construye mapas verdaderos, sino que facilita la construcción de mapas que contengan los datos relevantes para comprender la realidad familiar, y facilita la interpretación de los mapas que construyen los otros miembros de la familia.

Por otra parte, sería absurdo pensar que toda vida familiar es funcional y satisfactoria para sus miembros. La vida familiar conlleva conflictos, frustraciones y experiencias reales que es doloroso aceptar. Precisamente los mitos familiares lo que pretenden es encubrir las realidades más perturbadoras, de ahí que desenmascarar el mito y construir un mapa familiar

más acorde con la realidad resulte, en muchos casos, una tarea altamente dolorosa.

La realidad que falsea el mito puede tener los contenidos más diversos: descubrir que nuestro hijo no es tan inteligente como creíamos, aceptar el rechazo a la maternidad, desvelar la propia homosexualidad o la del cónyuge, reconocer el odio entre hermanos, afrontar las relaciones ambivalentes, hablar de la insatisfacción sexual, asumir el fracaso como padres, aclarar las relaciones ambivalentes, etc. La lista podría hacerse interminable con la simple enumeración de informaciones que el mapa tiende a omitir por desconocimiento, por mera negación, o por simple distorsión de la realidad de aquella o aquellas personas que lo construyen. Neuburger (1997) nos habla con detalle de las dificultades e inconvenientes asociados a la tarea de interpretar la realidad sin apoyo de los mitos familiares.

## 8. Más allá de los límites del hogar

Constituida en torno a la crianza, la familia acompaña al recién nacido en su proceso de crecimiento y desarrollo. Una de sus funciones básicas ha sido siempre la de proteger y apoyar el desarrollo de sus hijos en todas sus dimensiones.

Así, el ser humano condiciona su desarrollo al entorno social, el niño se humaniza en lo social, en contacto e interacción con los demás, en contacto con los más próximos y, particularmente, con los de la familia de origen, que es donde el individuo establece los primeros vínculos afectivos de los que en gran medida dependerá el desarrollo adulto, tanto afectivo como cognitivo o social (Mahoney, 1991; Ainsworth, 1989). La familia es, pues, el núcleo de esa red social que tanto el niño como el adulto necesitan para su propio desarrollo personal. Los antropólogos analizan cómo en la especie humana la antropogénesis biológica se completa con un proceso de antropogénesis cultural (Malinowsky, 1973), pues en el desarrollo humano la cultura suple la función que en otras especies viene determinada por la dotación genética, o por una plasticidad conductual más automática y determinista.

La familia en todas las culturas, y también en la occidental, asume una función socializadora, facilitadora de la integración del individuo en la sociedad y, en cierto sentido, se convierte en puente entre lo individual y lo colectivo. En consecuencia, las tareas de crianza y educación familiar no sitúan la meta última en la propia familia, sino que, por el contrario, pretenden facilitar su incorporación activa al mundo exterior. Y esta perspectiva más abierta, más social, se mantiene, a pesar de que en todas las concepciones familiares la socialización garantiza la permanencia de la cultura y la pervivencia de la especie.

Lo que no está igualmente aceptado es si en el proceso de desarrollo ha de prevalecer la persona, la familia o la sociedad, y si realmente estas metas son opuestas, complementarias o paradójicas. Una revisión histórica y

transcultural nos lleva con más frecuencia a una sobrevaloración de la sociedad y de la familia sobre la persona. Sólo en algunas sociedades la declaración de derechos humanos es inherente al individuo y a todo individuo, frente a infinitas situaciones en donde los derechos son sólo de unos pocos o no son inherentes a la persona, porque antes que la persona está la familia, la clase social o la casta. Llegados a este punto, potenciar el desarrollo de la persona más que cualquier otro sistema, incluido el familiar, es un *a priori* que está en la base del fundamento de nuestra tarea de valoración y análisis del sistema familiar, sin que ello suponga desprestigiar el papel que juega la familia en el desarrollo integral del individuo.

Precisamente este papel de la familia, difícilmente sustituible, es el que lleva a que una de las metas básicas de la familia se dirija a mantener el propio sistema familiar, a apostar por la cohesión familiar, pero sin que ello signifique que la unidad familiar sea un valor al que haya que sacrificar la persona individual. El sistema familiar no tiene por qué convertirse en una barrera que impida el compromiso, los vínculos o la proyección social del individuo. Más bien tendría que suceder lo contrario, pues cuando la unidad familiar se convierte en la meta prioritaria que asume todas las decisiones y los derechos del individuo, éste se encuentra necesariamente enfrentado con el estancamiento de su propio desarrollo personal.

El adulto en aras de la unidad familiar, puede ver impedida su decisión de divorcio o de emancipación del hogar familiar, o ver frenada su iniciativa cultural, lúdica o laboral. La familia puede incluso interponerse en el compromiso, la fraternidad y el afecto fuera de la misma, porque se interpretan como una amenaza para el compromiso y el afecto intrafamiliar. La cohesión, la proximidad y la unidad se van convirtiendo, por lo tanto, en un deber en el que no queda espacio para la propia identidad, que para construirse como tal necesita de otros vínculos y pertenencias que vayan allá de la familia de origen.

Centrados, pues, en la persona, no podemos sino apostar por modelos familiares que faciliten su desarrollo personal y que lo optimicen. No se trata de sacrificar el desarrollo individual, sino de flexibilizar las estructuras familiares para que potencien el desarrollo personal de todos y cada uno de sus componentes, y el desarrollo personal necesita normalmente de unos horizontes mucho más amplios que los que ofrece el hogar familiar.

## 9. Amor y romanticismo

La palabra «amor» ha sido utilizada siempre para representar el vínculo más importante y funcional entre la pareja y entre padres e hijos. Sin embargo su utilización se ha venido reconvirtiéndose con significados tan diversos que el término queda vacío de contenido y por tanto resulta poco útil cuando se trata de explicar por qué las familias funcionan, o cómo pueden resolver sus crisis.

Aun a sabiendas de que muchos estaríamos de acuerdo en la importancia del amor en las relaciones personales, creo que también coincidiríamos en la metonimia, la ambigüedad y la caricatura con que se habla de amor en el lenguaje cotidiano. Y por si fuera poco, el término se ha convertido casi en una tautología de la satisfacción familiar, porque si todo va bien es porque hay amor y, en caso contrario, «lo que necesitas es amor».

En un intento de definición del término, Sternberg (1987) diferencia tres componentes en el amor, lo que constituye un intento serio de estudiar su significado desde un enfoque psicológico y no literario. Pasión, intimidad y compromiso, surgen de la aplicación de una escala de valoración a una amplia muestra de población adulta. Las combinaciones posibles de cada pareja de estos tres factores generan una tipología en la que el autor diferencia tres categorías: amor fatuo como combinación de pasión y compromiso; amor romántico, como combinación de pasión e intimidad; y amor amistad, en el que la combinación de intimidad y compromiso es además capaz de caracterizar algún tipo de parejas, solapándose con los descriptores de las relaciones de amistad.

Cada persona da un peso diferente a cada uno de los tres factores, lo que explicaría la diversidad de significados asociada al término amor, y por otra parte, la posible desincronía en el peso asignado por cada uno de los miembros de la misma pareja daría lugar igualmente a múltiples situaciones conflictivas. El trabajo de Sternberg aporta también una perspectiva evolutiva, mostrando el diferente peso de cada factor con el paso del tiempo: así, el factor pasión sería el más relevante en la primera etapa, decayendo progresivamente, mientras que el compromiso y la intimidad seguirían un proceso inverso, incrementando su importancia con el tiempo, y constituyéndose como la base de las familias más funcionales.

A partir del movimiento romántico, los países occidentales han tendido a valorar la relación romántica como la única válida en la configuración de pareja. La liberación sexual en ideas y costumbres influye resaltando el componente pasional de este amor romántico; la compatibilidad sexual se considera el factor decisivo para la armonía de la pareja y por tanto se convierte en dimensión prioritaria en la intervención terapéutica. En algunos contextos, como en la Comunidad Valenciana, se convierte incluso en una dimensión relevante cuando se trata de valorar a las parejas para la adopción.

Si bien la psicología ha ido relativizando recientemente el peso de la vida sexual en una relación satisfactoria, la literatura y la creencia popular siguen valorando la relación romántica; léase a título de ejemplo la novela de Zoe Valdés, *Te di la vida entera*. El inconveniente de esta valoración estriba, no en resaltar la relevancia de la sexualidad e incluso de los factores emocionales y poéticos de una relación, sino en que el romanticismo ha contribuido a crear un mito social referido a la pareja ideal, en donde lo más valorado es una relación romántica en donde abundan los elementos mágicos, inexplicables, sin que importe que sean o no racionales. Así, un

amor es más puro y más auténtico cuanto más inexplicable, cuanto menos comprensible y cuanto más me permita percibir al otro o a la otra como ideal y perfecto. El flechazo, el deslumbramiento del primer encuentro, la química o la magia son la mejor razón, el argumento incuestionable, no sólo para iniciar una relación, sino también para asumir un compromiso y para llegar al matrimonio.

El romanticismo embellece la relación de la pareja y supone un incremento importante de la propia autoestima; además, nos lleva a percibir sólo los aspectos positivos del otro, o mejor, a percibir sólo las características acordes con nuestras preferencias y sólo las dimensiones que suponen sintonía y no discrepancia.

Esta idealización romántica del otro se desvanece con el tiempo; algunos estudios le atribuyen una duración no superior a diez o doce meses, atribuyendo semejante disminución a los condicionamientos del funcionamiento biológico. Pero una mayor proximidad facilita también el conocimiento más profundo del otro, y así surge la constatación de sus limitaciones y la aparición de las diferencias. La persona empieza a percibir el nuevo estadio como pérdida, aunque en la mayoría de los casos lo que se cree perder no existió, porque fue una mera proyección de nuestros deseos que olvidaron algo importante: olvidaron la realidad de la otra persona.

Desde el espejismo del enamoramiento, romanticismo y pasión se confunden con amor y la pareja puede descender peligrosamente por la pendiente de la desilusión, incapaz de valorar la riqueza de la diversidad y hasta del conflicto, y, sobre todo, la hace incapaz de valorar tal cual es el compañero, o de construir con el otro un pensamiento, una acción o un sueño compartido.

El amor puede llegar a convertirse en un arma arrojadiza porque alguien pronuncia la frase fatal: «si me amaras, no lo harías...», capaz de vetar cualquier comportamiento del otro y de descalificar de golpe la relación establecida. Se trata de un deseo de someter o de ser sometido, de una huida del propio yo, un bloqueo al desarrollo del otro, y un sinnúmero de proyecciones y agresiones que tienden a esconderse detrás del manto de un amor romántico.

Recurrir al amor en tales situaciones resulta poco útil, pues la pareja necesita pautas más precisas de intervención en donde se tomen como referentes las cualidades percibidas en el otro, nuestras expectativas respecto a la relación, nuestros deseos de ser valorados, la identificación en valores personales, la pobre comunicación, el sentido trágico de la vida o el deseo sexual insatisfecho. Si no se llegan a definir y aceptar estos y otros parámetros, la pareja se seguirá encontrando amenazada por el espejismo del enamoramiento perdido o por el fantasma de un posible enamoramiento exterior.

La ambigüedad y usos del término amor se hace extensiva a las relaciones paterno-filiales. En aras del amor materno se justifican sobreprotecciones, huidas, rechazos, dobles vínculos e hijos sintomáticos. Más genero-

so que dar la vida entera es atreverse a vivir con plenitud la propia, y colaborar y apoyar a que cada persona en nuestra familia pueda construir la suya.

## 10. Familia y soledades

La sociedad actual, tan abierta a la comunicación, o quizá más bien a la información, con demasiada frecuencia evita los momentos de soledad personal, y hasta los infravalora o los teme. Se tiende a presumir de tener muchos amigos, aunque sólo sean conocidos, mientras que padres, maestros y psicólogos se ocupan y preocupan de que los niños desarrollen habilidades sociales.

Es cierto que la experiencia de soledad es muchas veces una consecuencia de la incompreensión, de la incomunicación o del rechazo, pero no toda soledad surge de un problema de relación con los demás, y aunque surja, puede convertirse en una experiencia de aprendizaje insustituible, porque las decisiones más significativas en nuestra vida se toman en solitario, porque la soledad es uno de los lados de la paradoja de ser humano.

La experiencia de la soledad tampoco puede trivializarse e interpretarse como narcisismo, ni como falta de competencia social o como desprecio o intolerancia, sino que más bien es un medio necesario para el propio desarrollo personal. Dentro de la familia son necesarios y deseables los momentos de soledad y no sería objetivo interpretarlos como prueba de conflicto o desestructuración familiar. El esposo y la esposa se sienten solos uno respecto del otro, los hijos se sienten solos respecto a los padres, y los padres se sienten solos en relación con ellos.

El encuentro con la soledad puede convertirse en una oportunidad para el desarrollo personal, pero existe también una soledad buscada que no puede interpretarse como rechazo ni como deseo de ruptura de vínculos familiares porque esa soledad resulta necesaria.

Me estoy refiriendo a aquella soledad que se enfrenta al gregarismo y que es un medio para que podamos desarrollar, con criterio propio, nuestros pensamientos, sentimientos y acciones. Soledad y silencio son necesarios para la reflexión sobre el pasado o el presente, para la añoranza, para perder el miedo, para poder digerir los fracasos y las decepciones, para olvidar, para afrontar la culpa, para priorizar valores, para tomar decisiones, para asimilar lo aprendido, para hacer propio lo heredado, para superar la tristeza, para dar nombre a las emociones, para afrontar los sentimientos negativos, para planificar acciones, para la fantasía, para la creatividad, y para dar sentido a la propia vida. La soledad, lejos de ser egocentrismo o huida, es una vivencia imprescindible en el proceso de desarrollo personal.

Sin espacios de soledad las vinculaciones familiares se convierten en fusiones o en invasiones, en dominios y sumisiones, en donde la propia identidad se ahoga, en donde lo recibido resbala, se devuelve o se diluye sin de-

jar rastro, en donde sólo tenemos. La soledad no es, pues, aislamiento, ni desolación, sino una pausa que nos permite escucharnos y escuchar, que nos permite convertir el tener en ser, es un compás de espera para luego compartir lo que hemos hecho propio, lo más importante, lo más íntimo.

No se trata por lo tanto de que evitemos los momentos de soledad, sino de que los aceptemos y procuremos incluso favorecerlos, de que aprendamos a vivir en soledad y educar para la soledad, para que encontremos el sentido a la propia vida y para que podamos establecer con los demás vínculos más sinceros y profundos.

### 11. Competir, poseer y controlar

El hombre no se comprende sin los otros, sin la dimensión social que le humaniza, y entre todos los posibles, los más próximos, los que más permanecen en su entorno, que son también quienes más contribuyen normalmente a nuestro propio desarrollo y satisfacción personal.

Sin embargo, la relación con los otros, sobre todo en las culturas occidentales, se plantea con demasiada frecuencia en términos individualistas y competitivos, en donde la ganancia personal no se concibe si no es unida a la derrota de los otros. El modelo economicista puede invadir peligrosamente todas nuestras interacciones personales, incluidas las familiares.

En los modelos capitalistas, el valor personal está relacionado con el tener, con poseer bienes materiales, y para tener más hay que ganar, coger o quitar. El propio valor depende de la riqueza y ésta de la pobreza ajena, dado que los recursos materiales son siempre limitados y agotables. En las transacciones económicas el dar supone siempre perder.

No obstante, ni las relaciones familiares ni las personales fuera de la familia pueden ni deben ajustarse a las reglas salvajes del liberalismo económico. La satisfacción de las relaciones humanas depende más del ser que del tener, y la calidad humana depende más de compartir que de dividir. Mi autoestima crece más cuando soy capaz de valorar a los demás que cuando los devalúo, mi conocimiento es mayor si se comparte, el saber se construye socialmente y el bienestar se ajusta más a la máxima de la teoría transaccional del «yo estoy bien, tú estás bien», en donde dar no es una pérdida.

La familia funcional consigue la satisfacción de sus miembros cuando el propio bienestar no se enfrenta al bienestar del otro. Aun cuando se trate de situaciones de crisis, los elementos del sistema se ven individualmente beneficiados cuando las soluciones son satisfactorias para todos, cuando la negociación y no la imposición priman en la resolución de los conflictos, sin que tengan que existir vencedores ni vencidos.

Un estilo egocentrista me lleva a pensar sólo en la solución que me beneficia, y a verla no sólo como la mejor, sino también como la única. Desde tal perspectiva, cada persona se convierte en una isla, la comunicación

con el resto de la familia se reduce a convencerles de mi postura, porque mi único objetivo es ganar, y ganar puede ser conseguir mi propósito a cualquier precio, normalmente por encima de los demás.

Cuando cada miembro de la familia es capaz de ponerse en la perspectiva del otro, no existe una única solución, sino otras muchas posibles. La actitud positiva ante los conflictos estriba en encontrar nuevas soluciones que vayan más allá de las perspectivas individuales, abarcándolas y asumiéndolas. Para ello hace falta una dosis mínima de capacidad de diálogo y empatía y también una buena dosis de creatividad.

Las soluciones creativas sólo son posibles cuando a los componentes de la familia no les importa rebasar los límites de lo convencional, cuando en sus interacciones son capaces de situarse más allá de los patrones estándar que tratan de regular nuestra vida, y de buscar soluciones propias y llenas de significado, porque han tenido en cuenta las necesidades y deseos de todos los miembros de la comunidad familiar.

La resolución de problemas familiares, más que sacrificio o resignación, necesita grandes dosis de fantasía, la cual difícilmente se puede conseguir mientras no se sea capaz de perderle el respeto a los modelos sociales imperantes, que aunque no funcionen tendemos a mantener inconsciente y dogmáticamente como los únicos.

En una sociedad de ofertas casi infinitas, al menos en cuestiones materiales, son demasiados los objetos a comprar, los países a visitar, las actividades de tiempo libre entre las que uno tiene que escoger. De esta forma, la familia se ve sometida a un doble espejismo: todos pueden comprar y todo se puede comprar.

El consumo, más que la supervivencia, se convierte así en una fuente de tensión familiar que afecta tanto a los adultos como a los jóvenes y a los ancianos, en todas las familias con más y con menos poder adquisitivo. Casi todas las ilusiones familiares son ilusiones de compra, y depende más que de la propia necesidad o ilusión, de las continuas incitaciones de los medios de comunicación y de la publicidad.

Todo ello no es sólo un problema para los que tienen menos recursos, quienes sin duda lo sufren más, sino que todos somos vulnerables a la obsesión por el consumo, porque nunca hay dinero para comprar todas las cosas que se nos ofrecen. La gratificación que aporta cualquier bien material, especialmente cuando ni siquiera resulta necesario, dura bien poco, y difícilmente dicho objeto llega a convertirse en algo propio y significativo para su poseedor. La ilusión de un coche mejor, de un nuevo juguete, son efímeras, porque en nuestra sociedad lo nuevo se convierte rápidamente en viejo y muy pocas veces en antiguo. Los refuerzos materiales acaban por perder su valor, y resulta inútil poner en ellos nuestra esperanza aunque permanecemos adictos a los mismos.

El ciclo de desear, poseer y consumir se produce a alta velocidad. No hay espera ni apenas esfuerzo entre el deseo y el logro; el mismo disfrute de la posesión y el rápido y la nueva insatisfacción nos produce vacío y

deseo de un nuevo consumo. Además, el ciclo descrito parece trasladarse a todas las interacciones; el esfuerzo, la persistencia y la paciencia tan valoradas en las culturas orientales pierden en nuestro contexto su valor. La gratificación inmediata se busca también en las relaciones personales, en donde las decisiones se hacen compulsivas y las relaciones se queman con más velocidad que nunca, las parejas y las amistades se hacen menos duraderas, cuando no simple flor de un verano o de un congreso.

Acostumbrados a poseer lo que compramos, pensamos que las personas son también posesiones, y aunque en este aspecto los logros de las culturas occidentales a nivel legal han dejado atrás muchas ideologías, el sentimiento de posesión todavía se mantiene, como se mantiene el deseo de controlar los sentimientos y la conducta de los otros. El afecto y la protección respecto a los miembros de la familia, bien se trate de la pareja o de los hijos, los recursos humanos invertidos en ellos y las inevitables renunciaciones que surgen de toda interacción próxima, se confunden con un intento más o menos sutil de posesión sobre el otro y con un intento de cambiarlo y modelarlo según nuestro criterio.

Estos intentos de control, que a veces toman la forma de dominio por la fuerza o de agresión explícita, se acompañan con excesiva frecuencia de afecto, sobreprotección o ambivalencia, que son menos amenazantes, pero que nacen igualmente de nuestro deseo de controlar a los demás, el deseo de cambiar al otro, más que a nosotros mismos.

## CAPÍTULO 2

### COMPOSICIÓN Y FUNCIONES BÁSICAS DE LA FAMILIA

Es necesario lograr un equilibrio entre los hechos individuales y los derechos relacionales.

JOAQUÍN GARCÍA-ROCA

#### 1. Concepto de familia y sus límites

El concepto de familia no es un concepto unívoco para toda época o cultura, de modo que podemos apreciar diferencias transculturales sustanciales en los miembros que se consideran pertenecientes a ella, así como en los roles y funciones esperados de cada uno y de la familia en su conjunto.

En nuestra sociedad occidental, sobre todo a partir de la revolución industrial, los límites se estrechan, las responsabilidades asociadas a cada progenitor se equiparan y las funciones básicas se orientan cada vez más a la protección de los hijos. Pero además los cambios acaecidos cristalizan en modelos familiares diferentes y favoreciendo la tolerancia y la valoración de la diversidad.

Permítasenos unas reflexiones importantes sobre ciertos puntos clave que nos ayuden a caracterizar lo que entendemos por familia y unidad familiar desde la teoría psicológica, aun a sabiendas de que más importante que la familia definida es para cada uno de nosotros la familia percibida, es decir, aquellas personas a quienes consideramos familia en sentido próximo, aquellos con quienes compartimos vínculos de afecto e intimidad, aquellos en quienes confiamos más allá del tiempo, de la distancia, a partir y más allá de los lazos de sangre.

## 1.1. ¿PODEMOS HOY DEFINIR LA FAMILIA?

La diversidad de modelos familiares a través del tiempo y en las diferentes culturas hace difícil que lleguemos a consensuar una definición única de familia, aun cuando intuitivamente todos tengamos en mente una concepción y hasta una actitud básica respecto a ella.

Para Maxler y Mishler (1978), la familia se define como un grupo primario, como un grupo de convivencia intergeneracional, con relaciones de parentesco y con una experiencia de intimidad que se extiende en el tiempo. El tiempo constituye, pues, una dimensión importante para comprender la realidad familiar: las expectativas de futuro, y la historia pasada común configuran el grupo familiar, diferenciándolo de otros grupos primarios, dándole identidad y constituyéndolo como el punto clave del análisis de la familia en el presente (Gottman, 1982).

Burgess (1979) define la familia como una «unidad de personas en interacción». El término «unidad» hace referencia a una realidad que va más allá de las personas individuales y de los lazos biológicos o legales, pues constituye una suprapersonalidad que crece y evoluciona a través del tiempo y constituye el contexto próximo, no físico o sociológico, sino interactivo, en donde el individuo se desarrolla. Si bien no podemos eludir que la consanguinidad y la formalización de la vida en pareja son dos elementos clave en la definición de familia.

Es cierto que la constitución de la familia responde a una serie de iniciativas individuales, pero no es menos cierto que una vez configurada actúa como una *gestalt*, una realidad que va más allá de las iniciativas de sus miembros y que tiende a estabilizarse y perpetuarse.

El término unidad debe entenderse no como uniformidad, sino como totalidad, ya que las personas que configuran el sistema no funcionan como elementos aislados, sino que cualquier cambio en un elemento del sistema provoca cambios internos en los otros miembros y modifica el sistema en su conjunto. Pero ello no tiene por qué significar que la modificación lograda sea idéntica a la pretendida, ni que todos los miembros del sistema se vean influidos de igual manera por el cambio provocado.

La familia que pierde a un hijo, o la que lo gana, incorpora un cambio que tiene efectos sobre el sistema como totalidad, pues desde ese mismo momento deja de ser la misma familia: sus creencias, sus ritos y sus costumbres cambian sustancialmente. Todos los miembros de una familia suelen verse afectados internamente por el duelo, la alegría, o la sorpresa. Sabemos que desde que se produjo el cambio el hermano menor empezó a obsesionarse con la muerte o con los celos, la hermana mayor intensificó el sentido hedonista de su vida o su instinto de protección al débil, el padre redujo su dedicación al trabajo o se refugió en él, la madre perdió el sentido de su vida o se volcó en el desarrollo de su vida más allá de los límites de su casa. No tenemos a la misma familia con un hijo menos o con un hijo más; tenemos una nueva familia.

La teoría sistémica, que constituye el modelo predominante en los estudios de la familia la define como un sistema abierto, propositivo y autorregulado. «Sistema» significa una unidad formada por unos miembros que interactúan entre sí, entre los que existen determinados vínculos y se mantienen unas transacciones.

El sistema conlleva una estructura, una jerarquización de sus miembros, unas reglas que regulan las relaciones entre los familiares y las relaciones con el exterior (Bertalanffy, 1979; Parson y Bales, 1955). Conocer las reglas que rigen el sistema familiar consiste en gran medida en conocer el sistema. El conocimiento de dichas reglas de las relaciones familiares es, por lo tanto, la base para comprender la familia y para sentar las bases de cualquier tipo de intervención sobre ella.

Por lo demás, se trata de un sistema abierto, es decir, que la estructura es permeable a la influencia de otros sistemas, como pueden ser la escuela, el barrio, los medios de comunicación, la cultura..., así como de todos aquellos sistemas con los que la familia interactúa y que vienen a favorecer o a frenar cualquier tipo de cambio que pueda darse dentro de la misma.

Que el sistema sea propositivo quiere decir que está orientado a la consecución de determinadas metas. Y es un sistema autoorganizado porque las metas le son propias y su estructura y procesos no son un simple calco de los estereotipos sociales, sino que la familia es, o al menos puede ser, agente de su propio desarrollo, de sus propios cambios, y capaz de elaborar unos objetivos propios, unas metas específicas, para cuyo logro utiliza estrategias, recursos y procedimientos, que son aportados por todos sus miembros, o se van tomando de la propia historia o del entorno en el que la familia se desenvuelve.

El sistema familiar, como realidad distinta a las personas individuales que lo configuran, permite que el estudio de la familia pueda centrarse en sí mismo, diferenciándose en ella características como las siguientes: cohesión, satisfacción, adaptabilidad, comunicación, normas, rituales..., todas las cuales constituyen dimensiones significativas en el análisis familiar.

A la luz de las últimas aportaciones que la teoría del caos (Ward, 1995) incorpora a la teoría sistémica, la familia es a veces considerada como un sistema caótico, lo que significa no tanto que en ella tenga que existir confusión, desestructuración o destrucción, sino que más bien el término caos se refiere al nivel de complejidad de un sistema que se rige por multitud de normas en numerosas dimensiones, normas explícitas e implícitas que no son fáciles de descubrir. Esta realidad es por lo tanto una realidad compleja, que resulta en muchas ocasiones difícilmente predecible, al menos desde una predicción lineal y unifactorial, tanto para el observador externo como incluso para los propios miembros del sistema.

Pero esta atribución de la teoría del caos a la conceptualización de la realidad de la familia, además de referirse a su complejidad, responde al carácter circular e interactivo de la causalidad existente en sus relaciones. Los

cambios individuales no tienen por qué tener un efecto directo en los otros, sino que la influencia es recíproca, y además filtrada por cada persona individual. Cuando el autoritarismo del padre afecta a los hijos, uno puede asumir una postura de sumisión, que a su vez tiene el efecto de incrementar el autoritarismo del padre, pero cualquier otro hijo puede reaccionar con actitudes de rebeldía, frenando el estilo paterno, y un tercero aceptarlo con humor y hacer reflexionar al padre sobre el estilo educativo que practica.

Esta aproximación al concepto de familia queda lejos de aquella familia «como unidad de destino en lo universal», demasiado abstracta y moralizante, rígida en su estructura y funciones, y cerrada a toda posibilidad de cambio. Al tiempo, facilita que el observador y el investigador sean más proclives a conocer la realidad existente, que a elucubrar sobre patrones ideales a los que la familia debería ajustarse. Como toda aproximación científica, la psicología de la familia debe tratar de aportar un modelo explicativo de la realidad familiar y de las dimensiones que hacen su vida más funcional y satisfactoria.

La familia, desde una perspectiva transcultural, surge basada en lo biológico, precisamente para arropar una díada básica, la díada madre/hijo. La familia parte en todas las culturas de una pareja heterosexual de adultos y con fines de procreación, y por ello mismo en todos los tiempos la pervivencia de la especie ha requerido la protección, primero, de la maternidad, y después —como indica Flaquer (1998)— de la paternidad, lo que ha precipitado la convivencia de la pareja legitimada de algún modo. Incluso actualmente, tras las modificaciones en la estructura familiar que surgen con el divorcio y la liberación sexual, la maternidad vuelve a aparecer como el objetivo básico de la vida familiar.

Esto no quiere decir, sin embargo, que partamos de una sobrevaloración de lo biológico respecto a lo social. Lo cultural, enraizado en lo biológico, lo trasciende y gana protagonismo, de modo que la familia no puede llegar a entenderse exclusivamente como un deber inevitable, sino como una posibilidad, al servicio del querer ser.

Cuando los progresos de la genética —y esto es cultura— modifican la maternidad biológica (madres biológicas *versus* madres de alquiler), la crianza y la educación se convierten en voces más fuertes que la voz de la sangre; la adopción legal, o el acogimiento familiar, se convierten en vínculos insustituibles. Pero, además, el humanismo nos ha hecho comprender que el desarrollo humano debe ir más allá de los lazos próximos de la sangre o la tribu, para alcanzar una dimensión global hasta llegar a poder hablar de familia humana. Hablar de casta, de tribu o de país, en un planeta cada vez más global, en donde la comunicación y los vínculos atraviesan los continentes, es autolimitarse, renunciar a sentirse parte de una unidad de mayor valor y trascendencia.

## 1.2. TIPOS DE FAMILIAS

El término «familia» es, pues, un término de límites poco precisos, en el que el criterio de parentesco alcanza grados diversos, y es cada cultura la que establece el punto de corte entre quienes pertenecen a la familia y quienes no. Pero incluso dentro de nuestra cultura, su radio de expansión puede ser más o menos amplio, y frecuentemente debemos aclarar a quiénes, según nuestro criterio, incluimos bajo el mismo manto, cuando hablamos de la familia próxima y cuando hablamos de familia en sentido amplio, lo que no tiene por qué coincidir ni con quienes viven bajo el mismo techo, ni con el primer grado de parentesco.

Si nos referimos a los lazos biológicos diferenciamos los términos de uso frecuente con el de familia nuclear, familia extensa, familia de origen, familia de procreación... Si atendemos a los vínculos familiares psicosociológicos diferenciamos familia adoptiva y familia educadora. Atendiendo a su estructura podemos hablar de familia nuclear intacta, monoparental y reconstituida.

La familia nuclear es el término que establece unos límites más estrechos y definidos, en donde se incluye a padres e hijos, que suelen convivir en el hogar familiar, sin más parientes. Y es éste precisamente el modelo predominante en la cultura occidental postindustrial.

El término familia extensa, en cambio, incluye otros grados más amplios de parentesco, extendiéndose, al menos, a tres generaciones, en sentido vertical, e incluyendo hasta los primos hermanos en sentido horizontal.

El porcentaje creciente de familias no normativas nos obliga necesariamente a la aceptación de otros límites: se tratará de familias mononucleares, familias sin hijos, familias reconstruidas, etc., en donde las estructuras ofrecen probablemente una mayor confusión en la determinación de sus límites.

Diferenciaremos familia de origen, cuando nos referimos a la familia en la que hemos nacido, que a su vez se diferencia de la familia de procreación, que es aquella que formamos juntamente con nuestra pareja y nuestros hijos.

El término unidad de convivencia se usa para referirse a las personas que viven en el mismo hogar, pero también puede utilizarse en sentido estricto, para aplicarlo a aquellos grupos, no considerados normalmente familias, como las parejas de hecho o de derecho, y otros grupos como a los hermanos, amigos que comparten vivienda, o a otros grados de parentesco de segundo orden.

## 1.3. BAJO UN MISMO TECHO

El espacio físico contribuye en gran medida a configurar la unidad familiar. En nuestro contexto cultural resulta normativo que la familia nu-

clear, y sólo la familia nuclear, conviva en la misma vivienda. La convivencia en un mismo hogar facilita la cohesión familiar, ya que permite que las interacciones sean más frecuentes y, en general, más estrechas. Por otra parte, fortalece los límites externos, diferenciándola tanto de la familia de origen, como de otras personas y sistemas. Los vínculos existentes llevan a una convivencia compartida y ésta a su vez refuerza el modelo elegido.

También es posible que, por diversas razones, convivan en la misma casa otros familiares, como el abuelo o la abuela por razones de salud, o la estudiante inglesa con la que hacemos un intercambio lingüístico. Pero hay que observar que normalmente en dichos casos se trata de situaciones poco frecuentes, provisionales, y respecto a las que, en general, se suele temer que generen problemas de convivencia.

No sucede lo mismo en otras culturas orientales, como en la India, en donde lo habitual es que tres generaciones convivan bajo el mismo techo, de modo estable, y con independencia de la casta. Tampoco sucedía lo mismo en España hace unas décadas, cuando era frecuente que un primo, o familiar más o menos próximo, pasase largas temporadas con la familia extensa, cuando por razones de estudio o trabajo debía vivir fuera de su localidad y de su propia familia nuclear.

La familia nuclear tampoco suele dividirse en viviendas diferentes. La pareja no suele separarse, ni siquiera en el período vacacional, a no ser que haya una razón justificada, o que se encuentren en un período de crisis, posible precursor de la separación definitiva. Por otra parte, la separación de los hijos del hogar familiar sólo se ve justificada por la emancipación de los mismos, lo que en nuestro país se da prácticamente cuando han encontrado pareja estable y han llegado a ser económicamente autosuficiente. La familia nuclear que convive en el mismo hogar es no sólo el modelo estadísticamente más frecuente, sino también el que acumula expectativas más favorables.

A pesar de esta tendencia cultural que tiende a que la familia nuclear viva bajo el mismo techo, no faltan excepciones, por exceso y por defecto, lo que no impide que la unidad de convivencia real sea una fuerza que cohesione a sus integrantes.

Cada vez más frecuentes son los casos de divorcios y familias reconstituidas; también encontramos parejas estables con domicilios diferentes. En cada caso, la falta de solapamiento entre familia nuclear y hogar activa hipótesis no sólo de posibles conflictos, sino que también nos lleva a nuevos niveles de funcionalidad.

En los casos de las familias no normativas y de espacios no normativos es relevante conocer a quiénes considera el sujeto su familia próxima y a quiénes su familia en sentido más amplio. Es posible que el hijo de una familia reconstituida no sepa si la segunda esposa de su padre forma parte de la familia; caben incluso opiniones diferentes según a quién preguntemos, de ahí la conveniencia de preguntar explícitamente a quién considera la persona índice que pertenece a su familia en un sentido más

próximo, e incluso cuáles son los diferentes niveles de proximidad familiar considerados.

Solemos diferenciar básicamente tres niveles: la familia en sentido próximo, en cuya delimitación suele predominar el parentesco de primer grado y la cohabitación. Un segundo nivel de familia de límites más amplios, en donde se incluyen familiares de segundo o tercer grado, seleccionados en función de los vínculos afectivos y frecuencia de relación. En el tercer nivel se incluyen los denominados parientes, en cuya delimitación suele influir una relación de parentesco, interacción y relaciones afectivas poco estrechas.

Los límites establecidos por cada miembro de la familia pueden diferir, constituyendo así una fuente de divergencia, más o menos explícita. No obstante, respecto a los límites familiares la mayor disfuncionalidad es la asociada a los límites difusos e inconsistentes, que constituyen el denominado «cercó de goma».

Este tipo de límite parte de la creencia de que la familia es una unidad completa, compacta y autosuficiente, siendo en realidad una estructura rígida y cerrada, que tolera mal la divergencia. En consecuencia, cuando uno de los miembros se aleja del modelo familiar predominante, adopta dos estrategias básicas: o bien se dedica a cerrarse en sí mismo excluyendo la influencia externa causante de la divergencia, o bien trata de aliarse con un elemento externo e introducirlo como aliado para que contribuya a mantener la estructura previa.

#### 1.4. PERFILES PSICOLÓGICOS INDIVIDUALES

La inclusión de este apartado tiene por objeto compensar las limitaciones del modelo sistémico, pues la psicología sistémica ha venido poniendo el énfasis en las relaciones entre los miembros del sistema familiar más que en la persona, que es a su vez un sistema con determinada estabilidad transituacional. Este enfoque puede desdibujar a los miembros de la familia, individualmente considerados, como si fuesen mera consecuencia de sus interacciones, sin iniciativa propia y sin jugar un papel activo en la configuración del sistema familiar.

La aceptación de modelo sistémico nos lleva también a primar la causalidad circular sobre la lineal, pero ello no significa que todos los miembros de la familia sean igualmente responsables de todas las situaciones familiares, ni que no pueda haber personas o sucesos con más peso que otros, cuando tratemos de explicar determinada situación familiar, sea ésta funcional o disfuncional (Ward, 1995). Si bien en un sistema todos los elementos interactúan entre sí, influyen en los otros al tiempo que son influidos por ellos, de modo que la circularidad parece ser una interacción más frecuente que la lineal; también es cierto que no todos los elementos tienen el mismo peso, ni todas las conductas el mismo impacto,



ni todas las personas las mismas oportunidades para pensar o comportarse libremente (Rodríguez Vega y Fernández Liria, 1996). La reflexión sobre las individualidades es, pues, un punto imprescindible.

Así, el niño maltratado por su padre puede por su debilidad y silencio facilitar la agresividad paterna, y en cierto sentido contribuir a ella, pero no cabe duda que su poder de influencia y responsabilidad sobre la situación distan mucho del poder y responsabilidad que tiene su padre o del que pueda tener su madre.

La esposa del alcohólico puede llegar a encargarse de la crianza de los hijos y de mantener a la familia, guardar silencio, no afrontar el problema y no pedir ayuda externa, contribuyendo a crear así un espacio en donde crece la irresponsabilidad del marido. En esta situación nos encontramos también con una relación de causalidad circular, pero ello no anula la responsabilidad del padre sobre el cuidado de sus hijos, ni hace benignas sus conductas de escape o de violencia.

Una madre con sentido del humor o una madre histérica, un hijo hiperactivo o un padre conciliador, contribuyen a configurar sistemas familiares diferentes. Los rasgos de personalidad como constructos relativamente estables que hacen la conducta individual previsible son elementos relevantes para el análisis del sistema.

El sistema familiar creado entre todos puede favorecer la patología o la rehabilitación, pero no anula la decisión individual de cambiar la propia conducta, ni hace a todos los miembros de la familia igualmente responsables de la situación y de su posible evolución. El sistema modula, pero no anula la iniciativa personal.

En la comprensión del sistema familiar son importantes las personas que actúan directamente sobre el sistema y también las que ejercen sobre él una influencia vicaria, real o simbólica. Bandura (1977, 1984) es el autor que más ha incidido en la importancia de los modelos en el proceso de desarrollo y en el proceso educativo dentro y fuera de la familia. En nuestra valoración del sistema familiar las personas que viven actualmente en el hogar, las que viven fuera o incluso las despreciadas, pueden ejercer o haber ejercido una fuerte influencia en la dinámica familiar, en su modo de ver la realidad, en su escala de valores y en sus capacidades críticas y creativas.

La toma de conciencia de los modelos personales que han influido en la familia puede ayudarnos a comprender el ciclo de vida familiar. Tengamos en cuenta que el modelado al que hace referencia Bandura no es un simple calco mimético de las conductas observables de los otros, sino que depende de una amplia gama de variables externas, además de ser un proceso mediado por los procesos cognitivos y motivacionales del mismo observador.

En consecuencia, y con objeto de que el sistema no oscurezca el papel de las personas individuales, iniciaremos el análisis haciendo referencia a las características personales de los miembros de la familia, incluyendo descripciones espontáneas y dimensiones de personalidad que ya forman par-

te del conocimiento popular. Su enunciado responde a apreciaciones del observador, no a la aplicación de pruebas estandarizadas, de ahí que recurramos a un inventario coloquial de la mismas, para facilitar la descripción.

En la descripción de los componentes de la familia tendremos en cuenta los siguientes aspectos:

a) Aspectos físicos y de salud. Características físicas y estado de salud que sean relevantes para su desarrollo personal y que tengan impacto en la vida familiar. En muchas ocasiones, la trascendencia del estado de salud general de la familia, especialmente cuando alguna enfermedad hereditaria se ha cebado con la misma, resulta tan importante para el tipo de familia que se puede constituir, así como su proyección social, que sería absurdo no considerar tales circunstancias.

Sin embargo, cabe también reflexionar sobre el significado de pareja que se constituye, unidos precisamente por su desgracia física, bien porque se han conocido en contextos especiales (educativos, recreativos...) que frecuentan, como causa de su misma discapacidad, bien porque la misma desgracia los une con más facilidad, igualándolos en su situación, y no sintiéndose capaces de relacionarse con personas sin algún tipo de discapacidad. Evidentemente, la familia que se constituye sobre una pareja de tales características poseerá especiales connotaciones que afectarán a todo el sistema familiar, incluidos los hijos, sea en sentido negativo o positivo.

Pero, de la misma manera, la situación familiar cambia en muchas circunstancias, simplemente por la desgracia inesperada que se ceba sobre la misma, sea por la muerte prematura de un hijo que sume a la madre en una depresión difícilmente recuperable, sea por un accidente laboral del padre, que obliga a los demás miembros de la familia a recortar sus proyectos de futuro, e incluso a abandonar su formación y tener que suplir con sus ingresos los que el padre aportaba como base única del sustento familiar.

b) Aspectos cognitivos. Incluye la inteligencia académica, práctica, social, emocional... Nivel académico-cultural. Referencia a titulaciones y a formación autodidacta, intereses lúdicos, aficiones, preferencias artísticas culturales, deportivas, etc.

Los aspectos cognitivos, conforme los estamos refiriendo aquí, hacen referencia principalmente a las posibilidades de estudio y de progreso profesional de los miembros de la familia, especialmente los que se encuentran en período de formación.

Aun cuando todos somos conscientes de que una mayor capacidad intelectual no significa necesariamente mayor nivel de felicidad, ni siquiera mayores posibilidades de triunfo social, es reconocida, sin entrar en los factores que ha producido tal hecho sociológico, la pretensión de toda familia española, con unas inquietudes mínimas, de que sus hijos lleguen a tener una carrera universitaria. Por algo somos el segundo Estado europeo con mayor porcentaje de estudiantes universitarios, aun cuando en compara-

ción con otros criterios económicos y sociales no ocupemos precisamente puestos de cabecera.

Sin embargo, es evidente que tales aspectos cognitivos, que de alguna manera proyectan las ilusiones de los padres en las posibilidades de sus hijos, son decisivos para la cohesión de la familia, para sentirse una familia realizada, para saberse que están cumpliendo con uno de los objetivos más tangibles de la misma, como es la educación de sus hijos, aunque sólo sea la formal y académica y no la persona.

Desde una orientación guesáltica y también desde una perspectiva neurolingüística (Stevens, 1977; O'Connor y Seymour, 1992; Saint Paul y Sylvie Tenenbaum, 1996) resulta importante conocer cuál es el código de representación que prima en cada persona. Desde estas escuelas psicológicas, la posibilidad que tiene el asesor, el terapeuta o cualquier otra persona, de aproximarse a esa persona y de enviarle mensajes que sean fácilmente comprensibles, y que sean facilitadores de cambio, depende de que utilicemos el mismo código que suele utilizar nuestro interlocutor. Los tres códigos que tienen la estabilidad de un rasgo de personalidad son el código visual, el verbal y kinestésico. El observador puede inferir el código predominante a partir del lenguaje verbal y no verbal que usa ese miembro de la familia.

c) *Personalidad*. Incluye el tipo de identidad: la autoestima, el *locus* de control, los rasgos estables de personalidad y la propia filosofía de la vida.

En tipo de identidad podríamos diferenciar, siguiendo la terminología de Erickson (1968) y de Marcia (1993), entre identidad negativa, difusa, cerrada, moratoria y lograda. En la autoestima es importante observar el realismo del autoconcepto configurado, así como el tipo positivo o negativo, el nivel alto, medio o bajo experimentado: posteriormente conviene analizar en qué medida los modelos familiares, las interacciones y el estilo educativo han contribuido a configurar ese tipo y nivel de autoestima.

El *locus* de control, así como la atribución del éxito y fracaso, son importantes para comprender los recursos personales y familiares ante situaciones de conflicto así como las posibilidades de cambio. La intervención va a seguir un curso diferente según se trate de un *locus* de control externo o interno, y según se atribuya la causa de los éxitos y fracasos familiares a la fatalidad del destino, a la providencia, a las propias capacidades, a la conducta de uno o al esfuerzo de todos.

Entre los rasgos podemos utilizar tanto variables estandarizadas como apreciaciones coloquiales más informales y subjetivas. A modo de ejemplo, podríamos enumerar: introvertido, extravertido, reflexivo, impulsivo, controlado, vitalista, emotivo, pasivo, agresivo, asertivo, independiente, dependiente, rígido, flexible, seguro, creativo, esfuerzo, *locus* de control, sentido del humor, expresión emocional, madurez personal, etc.

Este apartado incluye a modo de síntesis cuáles son los valores, creencias y percepciones de la realidad más relevantes, significativas y singulares de cada persona en particular. Es algo así como la propia visión del

mundo y de los aspectos más relevantes de la realidad, expresados en una palabra, en una frase, o en una imagen.

A modo de simple incitación a la reflexión, piénsese la diversidad manifestada por las siguientes personas: Irene es todo afecto y apoyo en el seno del hogar; lo que da sentido a su vida es atender a todo el mundo, siempre que sean miembros de la familia. Angelita, en cambio, es la viva estampa de la religiosidad sin acción, todo rezos, todo consejos sobre el bien hacer cristiano, aunque su vida sea una suma de rutinas domésticas entre las que se incluyen las litúrgicas. Noelia, desde que ha asumido una militancia feminista, todo lo analiza, lo cuestiona, lo apoya o lo rechaza en función de su concordancia con los roles asociados al género.

d) *Competencia social*. Aquí haremos mención de las habilidades sociales, capacidad de adaptación a los diferentes contextos de referencia, tolerancia, participación comunitaria y al tipo de relación con la cultura predominante.

Sin embargo, queremos hacer notar cómo estas características, a pesar de que normalmente se atribuyen exclusivamente a las personas individuales que las ostentan, sin embargo, muchas veces, el contexto familiar en donde se han desarrollado ha sido la causa principal de la configuración de una personalidad con tales rasgos de sociabilidad.

Resulta fácil distinguir, en el diagnóstico de muchas personas, hasta qué punto se han visto condicionadas por su contexto social familiar. En muchas ocasiones, para poseer un nivel de aspiraciones por encima de sus posibilidades, pero que al resultarles como normal su logro acaba por convertirse en simple efecto de la profecía autocumplida, mientras que en otras, porque la pusilanimidad familiar vivida y el miedo que normalmente acarrea los hace incapaces de atreverse con objetivos para los que poseen cualidades superabundantes. Es evidente que los dos ejemplos expuestos no cierran las múltiples posibilidades de la vida real, como también resulta evidente la influencia de la familia, y cómo el nivel de aspiración de los padres se convierte muy a menudo en el nivel en el que se sitúa la familia, y el nivel medio de su descendencia. De ahí la importancia de su análisis, tanto para el sistema familiar como para cada subsistema.

e) *Roles estructurales y funcionales*. Dependiendo de la posición dentro de la estructura familiar, es decir, en función de las relaciones de parentesco, cada miembro de la familia desarrolla un papel, una serie de tareas y funciones, y al mismo tiempo los restantes miembros generan unas expectativas que esperan que asuma quien ocupa una determinada posición. Existen los roles de esposo/esposa, madre/padre, hijo/hija... A medida que la familia pasa por las diferentes etapas de desarrollo se van asumiendo roles estructurales diferentes o se comparten varios de ellos.

Virginia Satir (1991), con el fin de facilitar la comprensión del significado del desempeño de roles y su adecuación al contexto, considera el rol como un sombrero que cada miembro de la familia lleva puesto cuando va a desempeñar un rol determinado. Yo puedo asumir el rol de madre o el rol

de esposa, en momentos o en situaciones diferentes. Esta representación plástica de los roles ayuda a experimentar que el rol es algo asumido situacionalmente, pero que no configura de modo definitivo la identidad personal, y por lo tanto es algo que se puede y se debe cambiar. La madre no es sólo madre, es también esposa, hija, mujer...; es, en suma, persona; identificarla exclusivamente con uno de sus roles es reducir sus posibilidades, amenazando gravemente su desarrollo global.

Si se nos permite utilizar dos estereotipos sociales de lo más clásicos, podríamos decir que «la madre» es más persona si no queda reducida al rol de madre, y que «el padre» es más persona si no queda reducido al rol de soporte económico de la familia. En esta misma línea en la etapa de transición a la paternidad, May (1980) habla del padre que tiende a actuar como reductor de las posibilidades de la esposa asignándole en exclusividad el papel de madre, e ignorando por completo su rol de mujer. El mismo autor habla de diferentes roles asumidos por el propio padre ante la paternidad: observador, instrumental, expresivo y que pueden mantenerse a lo largo de todo el período de crianza.

Además de los roles estructurales, cada miembro de la familia representa un rol dentro de la misma, a veces elegido y a veces asignado; a menudo se trata de un rol habitual, pero otras es un rol funcional circunscrito al entorno familiar. El padre puede ser pasivo en el entorno familiar, como consecuencia de la desmesurada iniciativa de su esposa en el mismo, y sin embargo puede ser en su trabajo un líder sindical desarrollando otros roles de gran iniciativa, actividad y responsabilidad.

Al configurar el perfil individual incluiremos también los roles funcionales desempeñados en el seno familiar. Entre otros muchos, podemos encontrar los siguientes, sintetizados en simples términos coloquiales pero llenos de contenido y que son usados con frecuencia por los terapeutas de familia: gracioso, jeremías, consejero, patriarca-matriarca, alocado, frágil, organizador, aislado, sabelotodo, estrella, rechazado, aislado, débil, fuerte, protector, protegido, conciliador, disgregador, provocador, conflictivo, mensajero, chivo expiatorio, maldito, cenicienta, hazmerreír, rarillo, aguafiestas... Evidentemente, nuestra lista no agota las situaciones específicas de cada familia en interacción de sus miembros que dan lugar a conductas estereotipadas merecedoras de epítetos que las etiqueten.

Observaremos, por lo tanto, que la distribución de roles en la familia puede ser irregular. Hay personas que desempeñan todos los roles relevantes, mientras que otras no tienen un papel definido en la familia. Tampoco es de extrañar que a menudo los roles desempeñados vayan más o menos rígidamente asociados al género de sus protagonistas.

Los roles funcionales guardan relación con los rasgos de personalidad, con los recursos y con las demandas y necesidades de cada miembro de la familia.

f) *Recursos, demandas y necesidades personales.* Cada persona puede aportar al sistema familiar una multiplicidad de recursos que pueden ser

muy variados, como económicos, tareas domésticas u otros servicios, apoyo social, creatividad, proyectos, capacidad en la toma de decisiones, etc. Cada sociedad tiene unas pautas genéricas que establecen cuáles son los recursos que debe aportar cada miembro de la familia: quién debe sustentar la economía familiar, quién cuida y educa a los hijos menores, quién se hace cargo de los ancianos, quién mantiene a la tía soltera, quién debe finalizar la escolarización, quién cuida a la madre enferma, etc. Aunque cada persona, con independencia del modelo normativo, pueda ofrecer y ofrezca a la familia recursos diversos.

Aportar o no los recursos socialmente esperados o incluso más de los esperados puede ser valorado, tolerado, pero a veces puede ser hasta censurado. Pensemos por ejemplo en el caso de la hija preadolescente que se hace cargo de sus dos hermanos más pequeños. ¿Cuál sería la valoración de este aporte a la familia? Sin duda, antes de responder pediremos información acerca de la disponibilidad de recursos de los adultos de esa familia, pero también debemos preguntar a qué sociedad, a qué época o a qué grupo social pertenece la familia a la que nos estamos refiriendo.

Cada persona, sea niño o adulto, además de aportar unos recursos tiene unas necesidades específicas, dependientes en parte de la etapa de desarrollo en que se enmarca y en parte de su propia idiosincrasia. Resulta importante ser capaces de expresar y de detectar las demandas de cada miembro en cada momento. Estas necesidades guardan relación con las expectativas respecto al rol propio y de los otros, así como con las posibles crisis, los conflictos y la misma satisfacción familiar. Priorizar estas necesidades y detectar quién las satisface o puede satisfacerlas constituye una fuente de información relevante para compensar u optimizar la vida familiar.

Existen demandas asociadas a cada etapa evolutiva, pero las hay propias de cada persona en particular, relacionadas con carencias básicas, y en muchas ocasiones surgen en relación con el apoyo requerido para el desarrollo de los propios proyectos individuales.

Así, entre tres mujeres en el comienzo de su menopausia, Carmen demanda más reconocimiento a sus tareas domésticas, espera que los demás la refuercen y la valoren. Luisa, que se encuentra en un momento evolutivo análogo, pero más necesitada de verse liberada de esas tareas para poder dedicarse plenamente a su antigua profesión, se vuelve crítica e intolerante con los demás al no ver sus expectativas satisfechas. En cambio, Beatriz necesita un poco de apoyo a su autoestima física, que baja en picado a medida que aumenta su peso, empieza a encerrarse en el más absurdo de los aislamientos al ir comprobando que no consigue reducir los kilos que le sobran.

Los proyectos personales pueden ir más o menos acordes con la propia filosofía de la vida, con la propia autopercepción personal y con la escala de valores defendida. Es importante saber en qué medida el proyecto personal es estimulado, favorecido, o bloqueado por la familia, como también es importante ser consciente en qué medida cada persona se implica en el proyecto familiar y coopera con los demás.

## 2. El desempeño de las funciones básicas

En la mayor parte de las investigaciones transculturales, y a pesar de sus peculiaridades concretas, la familia organiza su vida para cumplir funciones básicas: el desarrollo personal de los hijos y la socialización.

Las tareas básicas de la familia van más allá de la crianza de los hijos, entendida como alimentación y salud física, e incluso más allá de la protección y el afecto, pues se pretende el desarrollo personal de todos sus miembros, niños, adultos y ancianos, y su incorporación activa al entorno social. La familia, además, tiene como meta mantener la propia identidad y cohesión familiar.

Obviamente, la función de crianza es la meta mínima que debe alcanzar toda familia, aunque nos encontremos con familias incapaces de cubrir las necesidades básicas a las que todo menor tiene derecho. El resultado son los casos de explotación, abandono y desamparo infantil que llenan las estadísticas del primer y tercer mundo.

También es cierto que en los países con más recursos y con mayor compromiso con los derechos humanos, las exigencias de la sociedad para con los menores van más allá de la supervivencia, y la familia es la primera responsable de una alimentación sana, de una vivienda adecuada, de una higiene más estricta, de una medicina preventiva, de la escolarización..., aunque para ello cuenta con un apoyo estatal que no poseen los países con menor nivel de desarrollo económico.

El desempeño de estas metas básicas dinamiza la vida familiar y hace que en cada etapa la familia cambie y asuma tareas distintas que activen recursos y le permitan lograr un desarrollo personal adecuado, una socialización activa de sus miembros, al tiempo que se pueda mantener también la propia identidad familiar.

### 2.1. DESARROLLO PERSONAL

La naturaleza humana hace que el recién nacido sea un individuo incapaz de sobrevivir por sí solo y hace de su período de crianza el más largo y el más intenso de cualquier especie. Los cuidados a nivel físico son obvios: lactancia, alimentación, protección, higiene...

La tarea es ardua, pero todavía parece serlo más en una sociedad más preparada para el trabajo y el ocio que para la crianza, por lo que el afecto y el deseo hacia el hijo se convierten en un requisito previo y el apoyo social en un derecho del ciudadano.

Los cuidados que plantea la crianza deben cubrir además otros objetivos, como el de proporcionar al bebé un sentimiento de seguridad básica, que sólo la atención a sus demandas y la regularidad de los apoyos prestados puede llevar a buen término.

Como muestran tantas investigaciones evolutivas, las vinculaciones afectivas de la primera etapa de la vida, si son seguras, van a proporcionar la base del desarrollo afectivo, social y cognitivo del niño en etapas posteriores e incluso del adulto, así como motivación de logro, competencia social, responsabilidad... (Bowlby, 1991; Mahoney, 1995; Ainsworth, 1985, 1988).

Asimismo, a lo largo de las primeras etapas de desarrollo en el seno del ambiente familiar se van configurando diferentes dimensiones de la personalidad: autoestima y autoconcepto, locus de control, identidad, autonomía y hasta la misma inteligencia abstracta, verbal y emocional.

Sin adentrarnos en un contenido que fuera propio de un manual de psicología del desarrollo, lo que queremos resaltar es precisamente que las dimensiones de personalidad surgen y se consolidan con una influencia decisiva del entorno familiar, que va a condicionar el desarrollo infantil y el adulto, más que ningún contexto físico o social.

Analizaremos el desarrollo personal en el seno familiar basándonos en el proceso de individuación, como condición necesaria para el desarrollo humano, en la autorrealización, como máximo nivel deseable, y en las diferencias asociadas al género, en este caso como obstáculo fundamental que en tantas culturas se impone y se opone al desarrollo personal.

#### 2.1.1. Individuación

La familia es el entorno próximo en donde tiene lugar el desarrollo de la personalidad individual y por tanto debe ejercer necesariamente una función facilitadora de ese desarrollo. La psicología familiar, a partir de diferentes teorías, reconoce este hecho denominándolo proceso de individuación.

La individuación se refiere al proceso de desarrollo del *self*, de la propia identidad como persona diferenciada de los otros (Williamson y Bray, 1991). El concepto de individuación surge en una perspectiva relacional porque uno se define a sí mismo siempre por referencia a los otros, y se inicia con la separación física del bebé respecto a su madre.

Una persona diferenciada es capaz de un funcionamiento óptimo entre otros individuos significativos, asumiendo su propia responsabilidad ante ellos, y sin sentirse controlada ni perjudicada por ellos. La familia diferenciada es aquella que permite y facilita un funcionamiento individualizado de sus miembros, sin que el desarrollo de cada uno vaya en detrimento del resto.

La diferenciación es un recurso personal en momentos de estrés o de angustia y depende en cierta medida del nivel conseguido en la familia de origen, a no ser que la persona se implique activamente en modificarlo (Kerr, 1981 y 1984). La diferenciación se opone a la fusión, que es a su vez generadora de triángulos perversos, que constituyen un tipo de vinculación que ocurre en las familias patológicas.

La falta de diferenciación lleva a la aparición de tres tipos fundamentales de síntomas (Bowen, 1978): a) conflicto de pareja, más frecuente en las relaciones simétricas; b) cónyuge sintomático, más frecuente en las complementarias; y c) hijo sintomático, frecuente en los casos de triangulación. Más adelante tendremos ocasión de analizar la génesis de los conflictos familiares y las posibles intervenciones psicológicas para su solución.

El verdadero progreso en la configuración del *self* se lleva a cabo a partir de la adolescencia, normalmente manifestando primero una identidad negativa, frente a la identidad cerrada, que es la que supone asumir la que se le asigna en la familia, para posteriormente pasar por una fase difusa y otra fase de moratoria hasta alcanzar la denominada identidad lograda (Marcia *et al.*, 1993).

En realidad, se trata de un proceso que dura toda la vida, pues el adulto redefine y reevalúa su propia identidad a partir de las relaciones establecidas con otros (Sheehy, 1987), aunque para algunos autores ciertos componentes del *self* son congénitos e inmunes a las nuevas experiencias y por tanto no estarían sujetos a cambios dependientes de los vínculos o influencias ambientales (Bowen, 1978; Kerr, 1981, 1984).

En nuestra opinión, más que tener que considerar el proceso de individuación como un proceso de ruptura y separación con los demás, y hasta con el pasado, consideramos que el *self* crece y logra su propia identidad en un proceso de equilibrio entre identidad y vinculación, entre autonomía y pertenencia (Lewis, 1974). El desarrollo de la propia identidad es un proceso de reconciliación con el pasado (Erikson, 1968; 1980) y con los demás, teniendo en cuenta que en esa alteridad cobran un lugar preponderante los intercambios dentro del sistema familiar (Riegel, 1976; Karpel, 1976).

Los progenitores se centran desde el nacimiento de sus hijos en las tareas de protección y crianza y se preocupan para que el hijo interiorice las normas sociales y morales de su grupo, es decir, que preocupados por su socialización no siempre facilitan el proceso de individualización al que el asesor familiar debe estar abierto, intentando detectar y contrarrestar los sistemas defensivos y paralizadores del desarrollo de la identidad personal (Shapiro, 1990).

Según los estudios de Wenk y cols. (1994), la implicación personal de padres y madres, tal como la perciben los hijos, es la variable que tiene más influencia en el desarrollo de su autoestima, de su satisfacción personal y de su salud mental, más incluso que la presencia física de los mismos durante la niñez. Estos resultados se convierten, por lo tanto, en un respiro para muchas parejas que se ven abrumadas por los sentimientos de culpa ante los posibles efectos sobre sus hijos, como consecuencia de su decisión de divorcio, o simplemente de trabajo fuera de casa.

### 2.1.2. Autorrealización

Facilitar la autorrealización personal, o si se prefiere la madurez personal, es la meta a la que debe tender toda familia. Para concretar lo que significa autorrealización o madurez personal, las diferentes teorías psicológicas, fundamentalmente las humanistas, han utilizado diferentes descriptores.

Mencionaremos aquí los indicadores utilizados por Williamson (1982), desde un enfoque sistémico, y que pretenden desarrollar lo que el autor denomina autoridad personal en el sistema familiar.

Dicha autoridad personal dentro del sistema familiar constaría de los siguientes componentes:

- Capacidad para ordenar y dirigir nuestros pensamientos y sentimientos, optar por expresarlos o no, respetar nuestros criterios como base para actuar y responsabilizarnos plenamente de las consecuencias de nuestras acciones.
- Capacidad de iniciar, aceptar o declinar el vínculo de intimidad y tolerar la libertad en los otros significativos, manteniendo unas fronteras claras en el entorno del *self*.
- Capacidad para relacionarse con todos los demás seres humanos, incluidos los progenitores, como iguales ante la experiencia fundamental de la existencia humana.

La familia actual se configura como un espacio de identidad facilitador no sólo del desarrollo personal de los hijos menores, sino también de los adultos de las tres generaciones. Los adultos jóvenes han prolongado su estancia en la familia de origen, y los de edad madura e incluso tardía han dejado de ser seres estáticamente considerados para ser seres en proceso de autorrealización, sujetos a transiciones evolutivas y a crisis normativas y no normativas que se acunan y se resuelven en el seno familiar.

### 2.1.3. El sexismo como obstáculo al desarrollo personal

Hablar de desarrollo familiar sin hacer referencia explícita a la necesidad de evitar, y hasta de compensar, la transmisión de los modelos sexistas llevada a cabo generación tras generación, nos puede llevar peligrosamente a reproducir estos estereotipos discriminatorios, tanto a nivel de estructura familiar como a nivel de educación de los hijos o a nivel terapéutico.

Desde la estructuración del sistema familiar se reclaman roles más simétricos entre la pareja y una distribución más equitativa del poder. Desde el punto de vista educativo se exige un desarrollo más andrógino y no una diferenciación rígida de roles asociada al género. Estos planteamientos dan más sentido al desarrollo individual, pero además son una pauta preventiva cuando se tiene en cuenta la creciente frecuencia de familias monoparentales y los mitos asociados a la ausencia del padre.

Desde el nivel terapéutico la situación no puede ser más preocupante si ateniéndonos a un estudio de Broverman (1970), citado por Boss y Weiner (1991), nos encontramos que los terapeutas definen al adulto varón con unos rasgos que también atribuyen al adulto sano, mientras que definen a la mujer adulta normal con rasgos enfermizos, tales como la dependencia, la sumisión o la falta de control emocional.

La diferente realidad vivida por unos y otras a lo largo de todo el ciclo vital presenta una serie de datos que hay que tener en cuenta ante cualquier tarea de asesoramiento e intervención familiar. Entre otros muchos citaremos los siguientes: *a)* la mayoría de personas que solicitan tratamiento para sí y para su familia son mujeres; *b)* las mujeres se desarrollan de manera diferente, relatan hechos diferentes y tienen una adaptación social diferente; *c)* la edad afecta física y psicológicamente, de modo que encontramos cosmovisiones diferentes en mujeres jóvenes y mayores; y *d)* es necesario conocer los contextos en que la mujer ha vivido para poder evaluar su desarrollo (Boss y Weiner, 1991).

Las diferencias que establecen la genética y la maduración han sido harto acentuadas por razones económicas, políticas e ideológicas y seudocientíficas, y han ido socializando a los hombres e incluso a las mujeres de acuerdo con unos modelos dicotómicos que es necesario combatir, aunque sólo sea por justicia social.

A partir de las aportaciones de Boss y Weiner (1991) y considerando que el proceso de desarrollo personal debe basarse en indicadores análogos para hombres y mujeres, enumeramos una serie de premisas que debería tener en cuenta todo asesor e incluso todo observador interesado por conocer el sistema familiar:

- 1) La mujer debe clarificar los límites en su rol de dispensadora de cuidados, aceptar demandas análogas a las de los varones, y aprender a negarse en su atención a las demandas emocionales permanentes del resto de miembros de la familia.
- 2) La falta de límites netamente definidos es una de las causas de que la mujer haya tenido que someterse a vejaciones, acosos y maltratos por parte de los varones, no ya del exterior, sino también de su propia casa.
- 3) Otra consecuencia de esta falta de límites es la mayor dificultad que encuentran las mujeres para fijar fronteras respecto a su propia familia de origen y respecto a la de su esposo.
- 4) La condición de inferioridad basada en algunos indicadores físicos, no puede ser utilizada como obstáculo para su desarrollo, ni físico, ni intelectual, ni político. Y su papel definitivo en la procreación no debe ser un argumento para demorar o descalificar su incorporación en el mundo laboral.
- 5) En estos casos hay que corregir no sólo la atribución de éxito hecha por otros, sino la propia atribución de éxito hecha por las propias mujeres, más tendentes a atribuir sus logros a consecuencias de la suerte, del apoyo externo, o de un esfuerzo desmesurado, y no a su propia capacidad.

This document is available free of charge on

6) El desarrollo sexual es una dimensión del desarrollo personal que debe ser reconocido y apoyado por el entorno sin obstáculos externos (rechazo social...) o internos (culpabilización, vergüenza, puritanismo), que no sean los que ellas se exijan en base a su propio criterio moral y, por supuesto, en base al respeto a los otros.

7) Los roles y actitudes en la vida sexual no pueden ser complementarios a las demandas del esposo, ni sus desviaciones respecto a la norma social castigadas con más rigor de lo que se reprueban las desviaciones masculinas.

En definitiva, el desarrollo femenino reclama, desde el entorno familiar, una mayor sensibilidad para no reproducir los sesgos precedentes y la creación de unas pautas que se apoyen en la propia mujer y no en una continua y burda comparación con el proceso de desarrollo masculino.

## 2.2. FUNCIÓN SOCIALIZADORA

La socialización es un proceso a través del cual el individuo interioriza las pautas de su entorno sociocultural, se integra, se adapta a la sociedad convirtiéndose en un miembro de la misma y es capaz de desempeñar unas funciones que satisfacen sus expectativas. Su papel es para Durkheim predominantemente pasivo, pues el sujeto se limita a hacer propios los valores, normas y conductas que la sociedad le establece. En cambio, el papel del sujeto es activo en el proceso de socialización, ya que es en realidad un agente de cambio, como afirma Bruner (1997) cuando habla de enseñar lo presente, lo pasado y lo posible.

Nosotros compartimos la que quizá es hoy la opinión más generalizada, denominada interaccionista-simbólica, que encaja bien las relaciones circulares que defiende la teoría sistémica y que considera que en la socialización se dan ambos procesos: la enculturización o interiorización de las pautas culturales del entorno, y la personalización o desarrollo de una asimilación peculiar de ese entorno, como medio para configurar la propia identidad, pero siendo al tiempo sujetos activos capaces de incidir en el cambio de ese entorno físico y social.

Aunque la familia no es el único agente de socialización, ya que también socializan la escuela, los amigos, los grupos formales e informales, y sobre todo hoy, los medios de comunicación, su función socializadora se mantiene y de modo bastante estable, durante largos periodos de tiempo. La familia influye en la socialización de modo directo, aunque muchas veces de un modo espontáneo, no intencional, ni formal, ni plenamente consciente, y actuando siempre de modo indirecto, como filtro de otros agentes socializadores.

Pero es la familia la que desarrolla en la persona un sistema de valores, actitudes, creencias, referidos a los aspectos más importantes de la

vida: trabajo, familia, humanidad, sociedad, cultura, amistad, naturaleza, trascendencia..., y en definitiva la que contribuye decisivamente a crear un modo de percibir la realidad física y social, y un modo de percibirse a sí misma.

El proceso se lleva a cabo mediante la implicación de padres, hermanos, abuelos..., y mediante estrategias diversas: como el modelado, la instrucción directa, mediante la experiencia compartida, en todas las cuales se da una alta implicación afectivo-emocional.

Se trata, en suma, de múltiples agentes, estrategias y momentos que dan fuerza al impacto de la socialización familiar, pero que al tiempo hacen que, dada la pluralidad, la influencia no sea siempre unívoca. La familia puede hacer ofertas diversas, ofreciéndole así al niño ciertas posibilidades de elección. Los efectos del estilo educativo familiar van a tener efectos diferentes en función de las estrategias elegidas y también en función de la rigidez/tolerancia, de la diversidad/uniformidad y de la consistencia/contradicción con que se planteen los objetivos.

Aun siendo permeable a la sociedad, la familia actúa como una envoltura social (Erikson, 1978) que protege la intimidad de los miembros de la familia, mantiene a los extraños a una distancia razonable y atenúa los cambios sociales, creando un marco espacial y temporal que facilita al individuo la asimilación de los cambios externos.

Además, esta función socializadora del sistema familiar supone que la familia tiene proyectos, vínculos y compromisos que van más allá de lo biológico, más allá de los que se derivan del parentesco. Para H. M. Bahr y K. S. Bahr (1996), esta mediación social que ejerce la familia es un aspecto más de lo que ellos denominan trascendencia familiar. La trascendencia familiar se entiende en el sentido de que los valores, normas y las prácticas adquiridas en el entorno familiar se proyectan más allá de los límites de la familia nuclear y de la familia extensa.

En este mismo sentido, muchas filosofías y pensamientos religiosos, como el pensamiento hindú, la filosofía griega, el cristianismo o el confucianismo, hacen referencia a la necesidad de proyección de afectos, sentimientos y vinculaciones genuinas de la familia hacia las relaciones interpersonales con otros miembros de la comunidad o con la humanidad en general. En las tribus indias blackfoot cualquier mujer es considerada abuela y desempeña este rol; los navajos incluso hablaban de la madre tierra; Confucio habla de que las personas virtuosas deben establecer con sus semejantes lazos análogos a los del padre con su hijo; y el cristianismo habla de un Dios-padre y del amor fraterno.

Desde esta perspectiva, la función de la familia va más allá de la mímica adaptación a su entorno, para implicarse en el logro de metas internas y para asumir en su conjunto tareas y funciones de acción comunitaria.

### 2.3. MANTENER LA IDENTIDAD Y LA COHESIÓN DEL SISTEMA

La familia, en cuanto sistema, tiene una tendencia a mantenerse como grupo favoreciendo la cohesión de sus miembros y construyendo una identidad familiar que les aproxime entre sí, manteniendo el sentido de pertenencia, y que les diferencie del resto. La familia cambia para buscar un modo mejor de atender a sus funciones fundamentales, pero otras veces se opone al cambio a cualquier precio, porque teme perder la propia identidad.

Mantener la cohesión e identidad familiar es en principio deseable no sólo para la estructura, sino también para las personas que componen la familia, y para ello es necesario que esos componentes compartan unos valores, hábitos y creencias; en suma, que tengan una cultura común. Propósito que se ve favorecido por la estabilidad del sistema, por el reconocimiento de una historia común y por el también sentimiento de pertenencia que hayan desarrollado sus miembros.

#### 2.3.1. Identidad familiar

Denominamos identidad familiar al sentido subjetivo que tiene la familia de continuidad en el tiempo, su situación actual, su carácter, la *gestalt* de cualidades y atributos que le otorgan peculiaridad y la diferencian de las demás familias (Bennet y cols., 1991). La familia busca su propia identidad, y en este sentido requiere de elementos diferenciales, que la hagan sentirse como una unidad especial diferenciada del contexto y del resto de familias.

Esta necesidad de diferenciación no es más que una cara de la moneda que lleva en su reverso el deseo de ser normal: semejante e indiferenciado del resto de familias y de la sociedad en cuanto contexto próximo.

Inclinarse hacia uno de los dos extremos resulta peligroso, porque un exceso de singularidad supone aislamiento, desadaptación, ser un grupo extraño en un contexto social mayoritario, mientras que el extremo de la falta de diferenciación conlleva anonimato y por ende pérdida de lo peculiar, pérdida de la propia identidad.

La familia tiende a buscar el equilibrio entre estos dos extremos, o si se prefiere a armonizar estos dos mensajes contrarios: «¡Sé igual!, pero ¡sé diferente!», que transmite la tradición a través de una historia familiar que, como indica Neuburger (1997), se transmite selectivamente.

Hace unas décadas, en nuestro contexto social la convivencia de la pareja que no hubiera sido bendecida por el matrimonio canónico era un rasgo excesivamente atípico; hoy, en cambio, la diferencia viene a darse de saberse perteneciente a grupos homosexuales, de delincuencia o de procedencia de otro grupo étnico o cultural, pues son rasgos que hacen que los protagonistas sigan sintiéndose excesivamente distintos a la mayoría.

No es de extrañar, pues, que si la familia percibe en su historia sucesos que la hacen autopercebirse excesivamente diferente, lleve a cabo esfuerzos

inmensos para evitar u ocultar esas diferencias, de ahí que surjan los denominados secretos familiares, sucesos poco frecuentes y deseados en una cultura y que son celosamente guardados (Neuburger, 1997). No responder al modelo de familia legítima, tal como la entendemos en sentido clásico, o normativa, puede ser razón suficiente para desencadenar mitos y secretos familiares que pueden llegar a ser generadores de sufrimiento personal, de conflictos interpersonales y hasta de patologías familiares.

Por otra parte, el autopercebirse como una familia banal sin rasgos de identidad que pueda valorar el contexto o los propios miembros de la familia, lleva a ésta a construir una historia o una autodescripción que acentúe su singularidad. La ayuda terapéutica, según indica Neuburger (1997), aconseja en algunas ocasiones construir un mito familiar con rasgos distintivos que ayuden a esta autopercepción diferencial, mientras que en otros casos se aconseja asumir la diferencia atípica y reconciliarse con ella.

Me viene en mente una familia burguesa que emigró de Castilla a un barrio obrero de Valencia; estaba obsesionada por mantener sus señas de identidad de origen a costa de diferenciarse del nuevo contexto. Se eligieron para ello dos pautas: el rechazo a las cenas de bocadillo, muy frecuentes en las zonas rurales de los años cincuenta; por otra parte, la de prohibir que sus niños jugaran en la calle. En compensación, la cena en plato y los juegos de mesa fueron dos rasgos de identidad que se eligieron como claves para dicha familia. Era un modo de proteger la identidad respecto a la vanidad del entorno, era también el modo de mantenerse en contacto con sus orígenes.

En cambio, una familia «charnega» en Cataluña, que provenía de una zona rural andaluza de muy bajo poder adquisitivo, al instalarse en Hospital de Girona desarrollaron todos sus esfuerzos por integrarse en la nueva cultura: aprendieron a hablar en catalán de inmediato, y a bailar la sardana, a comer *fesols*, y a participar activamente en todas las fiestas populares..., dicen que hasta les han oído renegar de sus propias tradiciones, y todo ello por el miedo a ser diferentes.

También existe una tendencia a mantener la identidad de la familia nuclear respecto a la familia de origen. Se plantea en estos casos una dicotomía similar. En parte se trata de ser diferentes y configurar una familia de procreación con identidad propia, pero en parte se trata también de no perder el referente y de sentirnos vinculados a nuestros progenitores. La funcionalidad familiar guarda relación con el modo en que se consigue este equilibrio entre opuestos; se trata de establecer unos límites claros pero permeables, sin rupturas pero sin solapamientos, se trata de mantener al tiempo lo común y lo propio.

### 2.3.2. Cohesión familiar

Esta fuerza hacia la unidad familiar se denomina cohesión, que se refiere al nivel de proximidad que guardan los miembros de la familia entre

This document is available free of charge on

sí, a la existencia de un todo compartido, al deseo de estar próximos, de formar una unidad. Es ésta una de las dimensiones a observar para discriminar a las familias funcionales.

Olson (1985) es uno de los autores que más ha contribuido al estudio empírico de la cohesión familiar. Para este autor existirían hasta cuatro niveles de cohesión familiar que definirían ordenadamente, partiendo del nivel de menor cohesión al de máxima. El primer nivel es el de la cohesión desvinculada, que sería el nivel mínimo; la cohesión separada sería de nivel bajo o moderado, seguida de la familia de cohesión moderada alta, a la que denomina conectada, y reservando para el nivel más alto de cohesión el de enmarañada.

Los dos niveles centrales serían los ideales, en cuanto que son capaces de armonizar la autonomía personal con la proximidad y conexión con los otros y son por ello mismo los más viables. En cambio, los niveles extremos se consideran problemáticos. En la familia enmarañada hay un exceso de identificación con la familia y un sentimiento de lealtad tan exacerbado que los miembros tienen problemas de individuación, de desarrollo de su propia identidad personal. Mientras que en la familia desvinculada, el compromiso y el apego de las personas respecto a la familia es tan bajo que cada cual desarrolla sus propios planes, sin tener en cuenta para nada a los demás.

En la misma línea, Beavers (1995), al referirse a la cohesión familiar, establece una diferenciación entre familias centrípetas y familias centrífugas. Se trata de dos estilos familiares que constituyen los polos de una variable dicotómica, especialmente relevante al valorar la competencia familiar, cuyos valores extremos son disfuncionales, mientras que la funcionalidad para el desarrollo de la familia y de sus miembros estaría en el centro entre ambos.

Las familias centrípetas son familias que facilitan la cohesión familiar sobreprotegiendo a sus miembros y creando una fuerte dependencia entre ellos, con apoyo de la autoridad de los adultos, quienes suelen mantener una fuerte coalición.

En los casos en que el estilo centrípeto prima la cohesión del sistema, con frecuencia la familia usa el manejo de la culpa, el chantaje afectivo y el victimismo centrado en algún miembro de la familia.

En este estilo es frecuente que los conflictos se eviten o se oculten, porque su mito familiar prefiere mantener el rótulo de «armonía familiar» aunque sea a costa de la felicidad de todos o alguno de sus miembros. La posibilidad de cultivar la propia individualidad es más bien nula, por lo que, sobre todo sus hijos, ven bloqueado el desarrollo de su propia identidad y autonomía personal. Los conflictos ocultos desencadenan síntomas ansiosos o depresivos, pero pocas veces se observan peleas o enfrentamientos.

En el extremo opuesto se hallan las familias centrífugas que, como indica la variable usada en ciencias físicas, tienden a favorecer la autonomía de sus miembros, el aislamiento y la desmembración del siste-



ma familiar. Suelen corresponder a parejas en donde los conflictos son frecuentes, pero también puede darse en parejas con coaliciones fuertes o tendentes a funcionar como dos solitarios próximos, pero coinciden en que rechazan el rol de cuidador; por lo que dejan de atender las responsabilidades asociadas a la crianza muy pronto, o bien cuidan a sus hijos mientras son pequeños, pero favorecen su emancipación y su salida del hogar en cuanto pueden mantenerse, cuando no los fuerzan a ello.

Son familias abiertas, con facilidad expresiva, aunque les sea más fácil hablar que escuchar; son más asertivos que empáticos, y pueden mantener conversaciones paralelas y discusiones sin verdadera interacción o negociación. Tienen problemas para la expresión y manifestación de afecto. La función de mantenimiento del sistema familiar tiene escasa importancia, pero el desarrollo personal tampoco parece ser importante, sobre todo el de los hijos, que se ven forzados a una madurez precoz.

#### 2.4. ARMONIZAR LA IDENTIDAD FAMILIAR Y PERSONAL

El desarrollo de la propia identidad personal, inherente al desarrollo humano, suele verse obstaculizado cuando la familia no tolera la diversidad y siente amenazada su propia identidad como grupo. Si la oposición se mantiene la persona puede romper con la familia, de ahí que el deseo de mantener a la familia cohesionada lleve a armonizar ambas identidades, la personal y familiar.

##### 2.4.1. *La búsqueda de la identidad personal*

La familia es un sistema al que la persona desea pertenecer para sentirse protegido y para apoyarse en la configuración de la propia identidad personal. Però, al mismo tiempo, este sentido de pertenencia que lleva a la cohesión familiar se convierte en una amenaza para la propia identidad, porque el grupo también puede anular la propia individualidad. La persona se encuentra así ante otra situación paradójica entre proximidad y distanciamiento, entre cohesión y diferenciación. El resultado es que la persona cambia buscando a veces la proximidad y la pertenencia, y otras veces se mueve en sentido opuesto distanciándose del grupo familiar y buscando la individualidad.

##### 2.4.2. *Proximidad y distanciamiento*

Los miembros de la familia tienden, de manera casi espontánea, a mantener la unidad familiar. Aunque la familia llegue a separarse física o legalmente, es bien conocido que el proceso de la separación es siempre doloroso, y que aun en los casos en que problemas familiares en donde la separación es vista como la mejor solución (como en casos de divorcio o de

abandono del hogar de origen), la separación psicológica es un proceso largo, difícil, y a veces permanentemente inacabado.

Esta fuerza que se opone a la desarticulación hace que la familia pueda cumplir sus funciones básicas. Se trata de un medio que facilita las tareas de crianza y socialización; pero el deseo de proximidad y de unión familiar puede asumir tal importancia que funciona como el único objetivo de la familia: «mantenerse unida», incluso a costa del desarrollo personal y de la salud mental de sus miembros.

Podemos llegar, por lo tanto, a casos de patología familiar, como en el caso de los hijos sintomáticos, en donde el menor actúa como mantenedor homeostático del sistema familiar, pagando con su propia salud física y mental, porque así trata de impedir que la familia se disuelva, aunque lo que se mantenga unido sea una familia disfuncional y patógena.

El deseo de proximidad es también consecuencia de la necesidad de afecto que comparten todos los miembros de la familia, y lleva a la configuración de la familia como una red de apoyo con el consiguiente crecimiento de la identidad familiar. La proximidad puede responder a otras necesidades: atención, comunicación, compañía, asistencia en la enfermedad, necesidad económica, de prestigio social, necesidad sexual, etc., y tantas otras necesidades generalizables o específicas. Fromm (1988) diferencia entre el «te necesito porque te amo» y el «te amo porque te necesito», lo que constituye una diferencia sugerente, aunque sutil y difícilmente cuantificable.

Cada etapa de desarrollo familiar necesita de niveles diferentes de proximidad. Los hijos pequeños necesitan mayor proximidad, pero se distancian cuando llega la mayoría de edad legal y la independencia económica. La pareja recién constituida necesita de mayor proximidad que la que lleva conviviendo 20 años, aunque la convivencia sea satisfactoria.

No todos los miembros tienen la misma necesidad de proximidad. Así, en la madurez los padres necesitan de los hijos porque la generatividad se convierte en una de las necesidades básicas, pero el hijo adulto necesita distanciarse para poder afianzar su autonomía. El distanciamiento puede estar favorecido por los propios padres, pues cuando el padre es alcohólico, o tiene una aventura extramatrimonial, no quiere que nadie se le aproxime, se aísla, se distancia; para que nadie indague en su vida tampoco hace averiguaciones en la vida de los demás.

La proximidad a otros miembros de la familia, el sentimiento de pertenencia e identidad familiar, pueden y deben ser compatibles con el desarrollo de la personalidad individual, diferenciada y responsable de sus propios proyectos individuales, como puede ser viajar solo, montar el propio negocio, dejar el domicilio familiar, establecer nuevas relaciones con personas adultas o llegar a casarse...

Una proximidad excesiva también resulta un obstáculo para el proceso de individuación; así, cada miembro de la familia trata de mantenerse a cierta distancia de los demás, distancia que cada cual considera óptima

para que se facilite la individuación, sin perder ni la cohesión ni la identidad familiar, ni la seguridad que se deriva del sentimiento de pertenencia. Las personas experimentan en la proximidad el significado pleno de lo humano.

En casos extremos de proximidad, nos encontramos con relaciones enmarañadas y con falta de límites, que son características frecuentes en familias disfuncionales. Ambos términos se refieren a la falta de diferenciación de roles y a una excesiva proximidad e intensidad de la vida emocional de cada miembro de la familia en relación con las vivencias y los cambios experimentados por los otros miembros, como si no tuvieran vida propia y vivieran sólo en función del otro.

Si nos alejamos de esta distancia óptima, encontramos el aislamiento y la soledad, la cismogénesis y la ruptura de la familia como grupo. Así pues, la familia que alienta sólo la diferencia, la independencia y la autonomía, acaba considerando que el otro es un desconocido, un enemigo del que debo defenderme y al que debo atacar. El resultado es el temor al rechazo y el desarrollo de estrategias de lucha que ayuden a vencer. Así sucede en las familias en donde las diferencias asociadas al género son grandes; en ellas hombres y mujeres asumen tareas, roles y valores altamente diferenciados, se distancian hasta el punto en que parecen pertenecer a culturas diferentes, aunque estén en la misma familia y llegan a percibirse como extraños, cuando no rivales.

Las familias que tienen unos límites claros y que respetan la autonomía funcional y emocional de sus miembros saben que cada persona tiene una percepción de la realidad, una conducta y una vida emocional propias, que si bien afectan al resto de la familia, ni se propagan indiscriminadamente, ni se confunden, ni invaden a los otros. La calidad de vida familiar supone avanzar en el conocimiento y el respeto a las diferencias, pero también supone considerarlas enriquecedoras y estimular que las diferencias existan.

Las familias disfuncionales desconocen los límites, los enmarañan y anulan la identidad individual, en lo cognitivo, en lo conductual y en lo emocional. Son familias que suprimen o niegan el conflicto y dedican la mayor parte de sus energías a ocultar sus diferencias y a reprimirlas, manteniendo relaciones de tipo fusionado o simbiótico. Las consecuencias suelen ser la sobreimplicación en la vida de los otros, la competición o lucha por el poder, la regresión o la dependencia (Barbarin, 1992).

La ausencia de límites puede manifestarse no ya en el espacio físico o en el plano conductual, sino también en el plano cognitivo, en la toma de decisiones, y en el plano afectivo. La ausencia de límites es un rechazo al desarrollo de la autonomía y de la propia identidad. También incluye la invasión verbal; ésta se manifiesta a veces en forma de interrupciones a las exposiciones del otro y también en forma de interpretaciones de los sentimientos del otro. El esposo puede decir «En realidad, a mi esposa le gusta que yo tome las decisiones», o la madre puede decir «Mi hijo quiere mucho a su hermana; no es nada celoso».

La distancia óptima excluye dos extremos disfuncionales, el aislamiento de los miembros de la familia, con ausencia de interacciones, y las interacciones altamente conflictivas y/o agresivas a distinto nivel. El alejamiento puede establecerlo cualquier miembro de la familia, y no sólo la pareja, como hemos mencionado previamente; así, incluiríamos también las situaciones familiares en donde la distancia la marcan los hijos, como en el caso de los adolescentes que no toleran ninguna intrusión paterna en ningún tipo de decisión, sea estudios, tiempo libre, amigos, economía, o modo de tratar a los propios padres.

### 2.4.3. *Identidad personal y pertenencia*

A medida que la pareja incrementa su interrelación, y más aún si existe, como es frecuente, un compromiso y un tiempo de convivencia además de un proyecto de vida común, ambos van configurando lo que los teóricos transaccionales llaman un tercer yo, o una identidad de pareja (Berne, 1981).

Este constructo, que cuando se hace extensivo a la familia nuclear se denomina identidad familiar o tercer yo familiar, constituye una parte de la identidad de cada miembro de la familia. Cada miembro de la familia ha cedido y cede parte de su autonomía personal en la construcción de ese yo; saberse miembro del grupo constituye una parte del sí mismo individual. De ahí que a veces tras un divorcio o una separación familiar la persona se sienta sumida en la depresión, pues ha perdido parte de su identidad personal.

La familia necesita en ese proceso de construcción de la propia identidad mitos, rituales y símbolos que den consistencia casi material y palpable a ese constructo experiencial que es el tercer yo familiar.

La consecuencia negativa de esa necesidad de pertenencia se manifiesta a través del apego a la familia, a la pareja o a otro grupo, de modo que la persona es capaz de pagar cualquier precio con tal de mantener este objetivo. El precio puede ser un cúmulo de concesiones, la cesión al chantaje emocional, o la cesión del control de la propia vida, y el resultado siempre conlleva un alto grado de sufrimiento físico y psicológico que la persona asume con tal de ver a la familia físicamente unida o con tal de sostener la idea de familia que había concebido. Algunos llegan hasta el sacrificio de su personalidad o de sus deseos, uniendo a todo el grupo en torno a su propia enfermedad, como sucede, por ejemplo, en los ya mencionados casos de hijos sintomáticos.

### 3. La diversidad en composición, límites y funciones

La psicología ha reconocido siempre la idiosincrasia del ser humano y la necesidad de fomentar su autenticidad, su identidad personal y su peculiar proceso de cambio y desarrollo a lo largo del ciclo vital.

Desde este reconocimiento y respeto a la diversidad personal no se puede pretender encuadrar a un grupo de personas, con su propia idiosincrasia, en una estructura familiar uniforme, aunque estas idiosincrasias tengan muchos puntos en común y estén unidas por los vínculos de sangre y de los genes, y mucho menos se puede pretender que exista un modelo único de familia al que todos deban ajustarse.

Más allá de las presiones que ejercen las sociedades que pretenden perpetuarse reproduciendo sus modelos, los hombres y mujeres de nuestra cultura occidental han decidido, quizá desde la Revolución francesa, quizá desde la revolución industrial, quizá desde la revolución internauta, navegar por una aldea global que respete la diversidad personal y familiar.

Madres solteras, parejas sin legalizar, sacerdotes sin dispensa papal, divorciadas con sus hijos, divorciados reclamando los suyos, divorciados y divorciadas con los hijos de él, de ella y de los dos, parejas de hecho, parejas que deciden no tener hijos, las que deciden adoptarlos aunque no sean bebés ni tengan los ojos azules, las que suman a los hijos propios los adoptados, aunque sean niños muy especiales, los que acogen en su casa hijos de la cárcel, de la pobreza, del sida... Todos, todos, todos constituyen hoy un grupo de familias que intentan conquistar la felicidad, como diría Bertrand Russell, y lo intentan no sólo como personas individuales, sino también como personas integrantes de un grupo familiar.

Estas familias, a diferencia de las familias nucleares completas, han tenido que asumir el desafío que es necesario para vivir de un modo diferente, con una composición y con una estructura familiar diferentes, con un modo diferente de contribuir al desarrollo personal y social de sus miembros, con un propósito de construir una sociedad diferente.

Han tenido que sumar a sus tareas individuales y colectivas, a sus tareas de trabajo; estudio, economía, y afecto, la tarea de soportar el ser observados, analizados y juzgados con lupa por quienes sentados desde el palco de la familia normativa, han esperado con paciencia el fracaso ajeno, pendientes de pronunciar el «ya me lo temía» y ver cumplida su profecía, pero incapaces de reflexionar o de sospechar que la normalidad, como diría Fromm, encierra en sí misma una patología.

Lo triste es que las expectativas pueden acabar por cumplirse y que la valoración personal se construye interiorizando las valoraciones que se nos envían desde fuera, y a veces la norma establecida vence a los intentos aislados de producir un cambio positivo.

Ante las muchas estructuras familiares nuevas que se alejan de la norma, no cabe duda que hay un sinnúmero de espectadores con actitudes muy distintas que van de la compasión al rechazo, de la indiferencia al respeto, y de la tolerancia al apoyo. Los más escandalizados les niegan incluso el nombre de familia, y muy pocas veces, hay que reconocerlo, se da una actitud adulta por parte de quien desde la reciprocidad transmite un mensaje de confianza en sus posibilidades, de apoyo para que puedan construir una familia.

Algunos tomaron libremente su decisión y persisten en ella, otros simplemente se vieron abocados a ella y tratan de llevarla como pueden, a veces entre la culpa y la desesperanza, porque no todas las maternidades ni todos los divorcios, ni todas las convivencias son decisiones propias, pero en cualquier caso se trata de personas que viven situaciones menos o muy poco frecuentes y que buscan para su familia un lugar en un mundo, un mundo mayoritariamente formado por matrimonios con hijos, pero que les deja poco espacio y que les mira con mucha desconfianza.

Algunos, los más conscientes, tomaron libremente su decisión sabedores de que su amor o sus amores no pueden quedar enjaulados en los límites que establecen los demás, y optaron valientemente por un cambio, cambio que resulta una amenaza para la mayoría, pero que es amenaza sobre todo para la mayoría de quienes viven amargados y atrapados en apariencias familiares que no eligieron, aunque sean normativas, o que simplemente no les hacen felices, pero que no se atreven a cambiar.

La definición de familia no puede hoy quedar en los límites de quienes la perciben desde fuera. Más allá de lo biológico, el grupo familiar se construye por quienes bajo un mismo techo, bajo dos y aun sin techo, se sienten unidos por los lazos del amor, de la intimidad y de la protección de los más débiles. Es cierto que el instinto pone su primera piedra, pero el hogar familiar no se construye a base de mera instintividad, sino con iniciativas, con tiempo y dedicación para aunar lo colectivo, para alcanzar un «nosotros» que vaya más allá de lo individual, sin anularlo, pero que vaya más allá de los lazos de sangre sin caer en el anonimato.

Es cierto que todos los modelos mencionados no se encuentran con el mismo nivel de aceptación: no tiene la misma aceptación la pareja adoptante que la homosexual, por ejemplo, pero quizá todas tienen en común que en sus inicios se encontraron con un nivel de reprobación parecido: puede sorprender hoy a algunos sectores sociales que en otro tiempo hubiese rechazo hacia las madres solteras, pero hoy se repiten contra las parejas homosexuales los mismos argumentos integristas que hace sólo veinte años se esgrimían contra ellas.

La composición familiar no nos sirve, pues, como criterio de valoración; lo que sí nos sigue resultando útil son las consideradas funciones básicas de la familia.

Más allá de la simple supervivencia, más allá de los cuidados de nutrición, cobijo e higiene, la familia se construye como un entorno próximo de intimidad y afecto que debe facilitar el desarrollo personal, la autorrealización de sus miembros como personas con derechos incuestionables, iguales en dignidad y capaces de desarrollar un sinnúmero de potencialidades manuales, cognitivas, afectivas y sociales. Se construye la familia como una antecámara de la vida social, en donde cada persona debe proyectar su competencia y su compromiso.

Los modelos que venimos denominando no normativos, al igual que la familia nuclear completa, se ofrecen como una oportunidad, como una po-

sibilidad a desarrollar. Posibilidad tampoco es una panacea, porque encierra también unos riesgos: el de la alienación, la intolerancia, la fragmentación personal, el sexismo, el aislamiento, la desadaptación, la marginación, la sumisión y la indiferencia social, del que tampoco las familias no normativas quedan inmunes.

Los nuevos modelos familiares tendrán que afrontar las dificultades normativas y las inherentes a su propia peculiaridad, para las que tendrán que buscar soluciones nuevas; quizá no todas superen con el mismo éxito su tarea, y quizá algunas se queden en el camino que conduce a otros tiempos, como también han ido quedando en el camino otros modelos familiares del pasado. Pero lo importante en este tiempo es que sea el desarrollo personal y su derecho a ser diferentes, el criterio que prime en el proceso de selección, y no el estereotipo social ni la intolerancia previa de los observadores externos.